

EL CUENTO

"EL GUARDAGUJAS"

DE JUAN JOSÉ ARREOLA



# LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

AÑO 1 | N° 3 | SETIEMBRE 1999 | PRECIO \$ 5

ARGENTINA & LOS INMIGRANTES

# Tierra querida



*Soy el distinto Soy el trabajador*

*Soy el ladrón Soy el otro Soy el nuevo*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

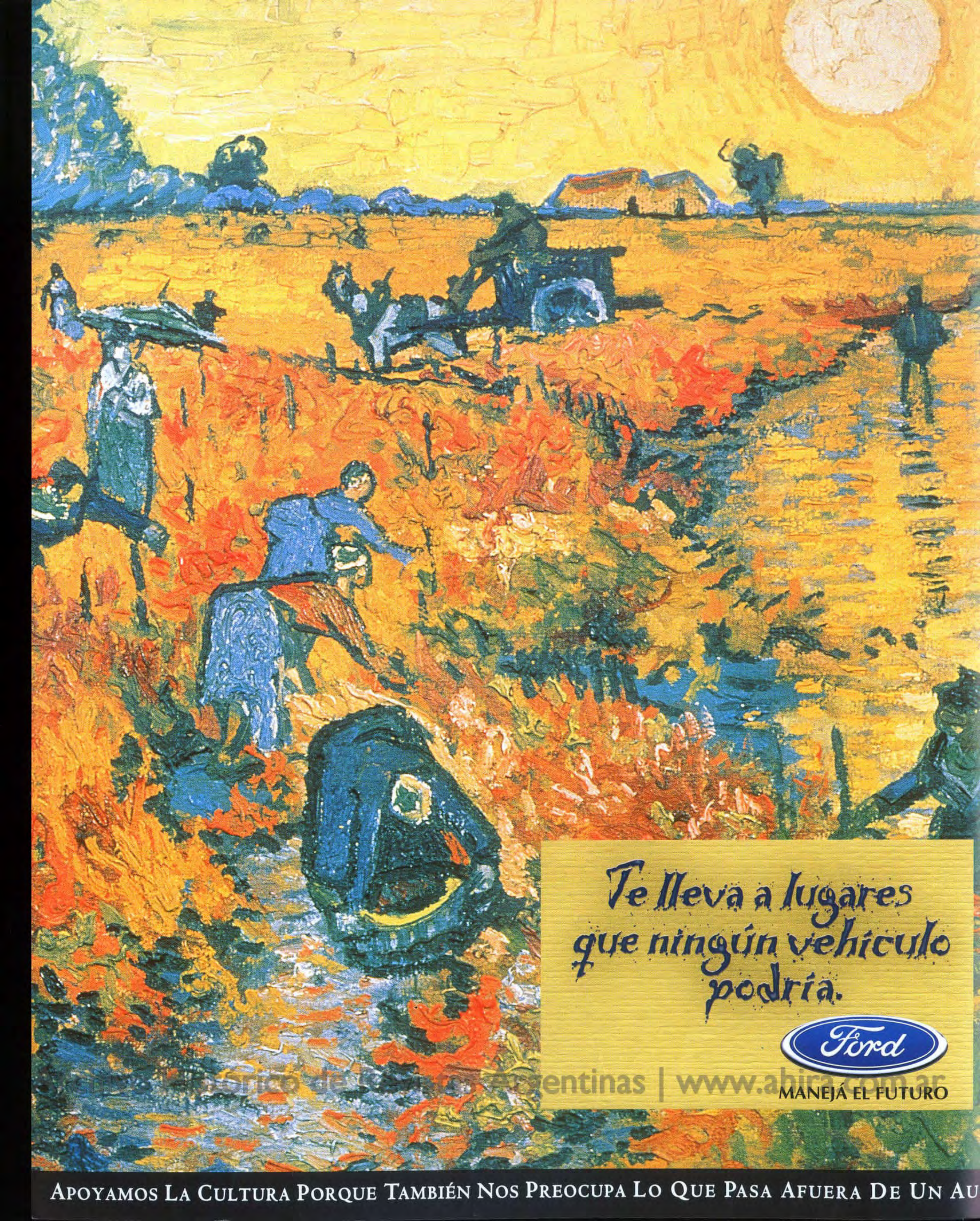
ISSN 1514-4747



00003



9 771514 474007



*Te lleva a lugares  
que ningún vehículo  
podría.*



Argentina | [www.abira.com.ar](http://www.abira.com.ar)

MANEJÁ EL FUTURO

APOYAMOS LA CULTURA PORQUE TAMBIÉN NOS PREOCUPA LO QUE PASA AFUERA DE UN AU



Daniel Ulanovsky Sack  
Director

## ORÍGENES

*De esos mundos ilógicos que consideramos racionales, hay uno que quedó aferrado a mi escuela primaria, la "Tte. Gral. Juan Pablo Ricchieri", de Rosario. Colegio estatal sin ningún laurel significativo, su legitimidad radicaba en su ubicación céntrica y en que buena parte de los alumnos formábamos parte de la burguesía local. Hijos de profesionales, de comerciantes y de gente más o menos bien íbamos allí para resolver problemas de regla de tres y dibujar "La Niña", "La Pinta" y "La Santa María". En esa escuela no sólo nuestros guardapolvos eran blancos, sino también el color de la piel de los alumnos. Por una especie de apartheid que jamás dijo su nombre, el único que no compartía ese dato genético era Juan, el hijo de la portera. Un chico morochito y burro que cumplía con tozudez su rol en la dinámica de grupo impuesta: le tocaba cargar con todos los males de los morenos.*

*Su madre era personal de limpieza y él no estudiaba, se copiaba en las pruebas y siempre estaba por repetir grado. En ese momento, Juan parecía objeto de burla: hoy siento respeto por él. Eramos víctimas y victimarios de esta "tierra querida" que tiene tantas dificultades para aceptar a los distintos. Hubo épocas en que esos distintos han sido los indios y los mestizos, condenados a la marginación en su propio espacio como si fueran inmigrantes perpetuos. Esta construcción moderna llamada Argentina no les pertenece: sólo son dueños de la prehistoria de su suelo. También han sufrido, en otro momento, los blancos desteñidos que llegaban de Europa, en especial quienes ponían en peligro la unidad étnica, lingüística y religiosa del país. ¿Recuerdan, por ejemplo, la burla al acento italiano que aparece en los libros nacionalistas de principios de siglo o la Semana Trágica de 1919, con su carga antisemita? Ahora, los diferentes tienen rasgos incaicos u ojos rasgados, pero el modelo se repite. Los argentinos sentimos atracción por lo homogéneo, por ser iguales, como si luchar para que este país tenga algo de futuro no otorgara, ya, un fuerte sentido de unidad.*

*Quizá la foto de tapa, construida de agua de río, orillas cercanas que no se ven y sueños aún vigentes, sirva para ilustrar la idea de tantos deseos que crecieron y desembarcaron en el país. Ese viejito barbudo que aparece en la imagen refleja la pasión, como ilusión y como lucha, de mucha gente que sin saber del todo bien dónde estaba, peleó para construir. La imagen -sacada a principios de siglo en Rivera, un pueblito del sur de la provincia de Buenos Aires- puede parecer una de tantas. Para mí tiene otro significado. Según asegura la historia familiar, ese viejito barbudo es mi tatarabuelo, enterrado en una pampa a la que recién aprendía a conocer y a la que sus descendientes le estamos buscando, cada día, nuevos significados.*

DIRECTOR  
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO  
Héctor Tizón  
Daniel Molina  
Zoltán Mikolás  
Luis Gruss  
Fernanda Longo  
Jorge Carnevale

EDITOR FOTOGRÁFICO  
Y FOTO DE TAPA  
Leo Vaca

FOTOS  
Leo Vaca  
Guadalupe Miles  
Oscar Elías

DISEÑO  
Maureen Holboll  
Victoria Quintiero

ILUSTRACIÓN  
Fernando Glionna

CALIGRAFÍAS  
Marta Almeida

**LATIDO**

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

CORRESPONDENCIA A:  
Revista **LATIDO**  
Casilla de Correo 144  
Sucursal 12 (B)  
(1412) Buenos Aires  
TEL/FAX 4824-8870  
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:  
**LATIDO S.A.**  
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL  
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.  
Moreno 794, piso 9,  
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR  
Distribuidora Interplazas S.A.  
Luis Sáenz Peña 1836,  
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA  
Quebecor Antártica S.A.  
Maipú 939, Buenos Aires  
IMPRESIÓN  
Antártica Quebecor S.A.  
Avda. Los Pajaritos 6920  
Santiago, Chile

Registro de la Propiedad  
Intelectual 999536.  
Prohibida la reproducción total  
o parcial de los contenidos.  
"LATIDO. Una revista para  
sentir. Y pensar" es una publica-  
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,  
Medrano 1940, piso 7,  
(1425) Buenos Aires.  
Tel. 4824-8870. Editor respon-  
sable: Daniel Ulanovsky Sack.  
ISSN 1514-4747

# sumario

AÑO 1, NÚMERO 3, SETIEMBRE 1999



## SUEÑOS Y ODIOS EN UNA NUEVA TIERRA

*La Argentina huele a paradojas: por una parte se enorgullece de haber recibido a desgraciados de todo el mundo para que echen raíces en una pampa que todo lo podía; por otra, cada vez hay más discriminación contra el distinto. Daniel Molina explica cómo se forma el "nosotros" —los que tenemos derechos— y el "ellos" —los otros, los que permanecen marginados—. El desarraigo que invade a los que emigran también forma parte de esta nota: ¿cuánta gente ha intentado ser más argentina que el argentino con la sola idea de no ser excluida?*

**Página 6**

*ALGUIEN LO HA DICHO  
Navegar y no volver. El olvido.  
Las ciudades que desaparecen.  
Ahí radican algunos sueños e ideas de hombres tan distintos como Sarmiento, Shakespeare, Bob Dylan y Marco Aurelio.*

**Página 24**

## EL CASTELLANO TIENE CARA DE MUJER

*Al periodista húngaro Zoltán Mikolás el viaje lo sorprendió. Fue a los Estados Unidos para realizar un posgrado corto y —sí— se enamoró. Hubo un único problema: ella aseguraba pertenecer a un extraño país del extremo sur del mundo, un lugar que él jamás había tenido interés en visitar. ¿Cómo siente la Argentina un extranjero que, empujado por la casualidad y la pasión, pasa de Ezeiza a una sala de partos donde ve nacer a su primer hijo sin poder entender qué dicen a su alrededor?*

**Página 26**

# 42



*Volvemos a mis esp...*

## LITERATURA

### CINE / VIDEO

*El movimiento, la migración, la identidad que no se puede borrar y el estar pero sentirse extraño son los temas dominantes en los libros que comenta Luis Gruss y en las películas que propone Jorge Carnevale.*

**Página 38**

## LOS EXPULSADOS DE LA ARGENTINA EUROPEA

*La sensibilidad del escritor jujeño Héctor Tizón impregna esta nota que escarba en la exclusión del Noroeste. Sus habitantes, dueños y señores del poder durante la Colonia, perdieron peso a medida que la Argentina se moldeaba como un país simbólicamente blanco y europeo, hijo de la inmigración masiva de un siglo atrás. ¿Cuál es la mirada de esa región que quedó fuera del modelo? A través de historias de vida y de narraciones de época aparece la desconfianza hacia una nación que empezaba a marginarlos.*

**Página 42**

## CURIOSIDADES

*Historias de pueblos nómades que osaron —algunos aún osan— ver qué hay más allá de sus fronteras. Vikingos, gitanos, judíos, y algunos otros, aparecen retratados por Fernanda Longo.*

**Página 52**

## CORREO

*Los lectores opinan, se enojan, discuten, tiran flores.*

**Página 56**

## EL CUENTO

*El guardagujas*

*De Juan José Arreola*

**Página 58**

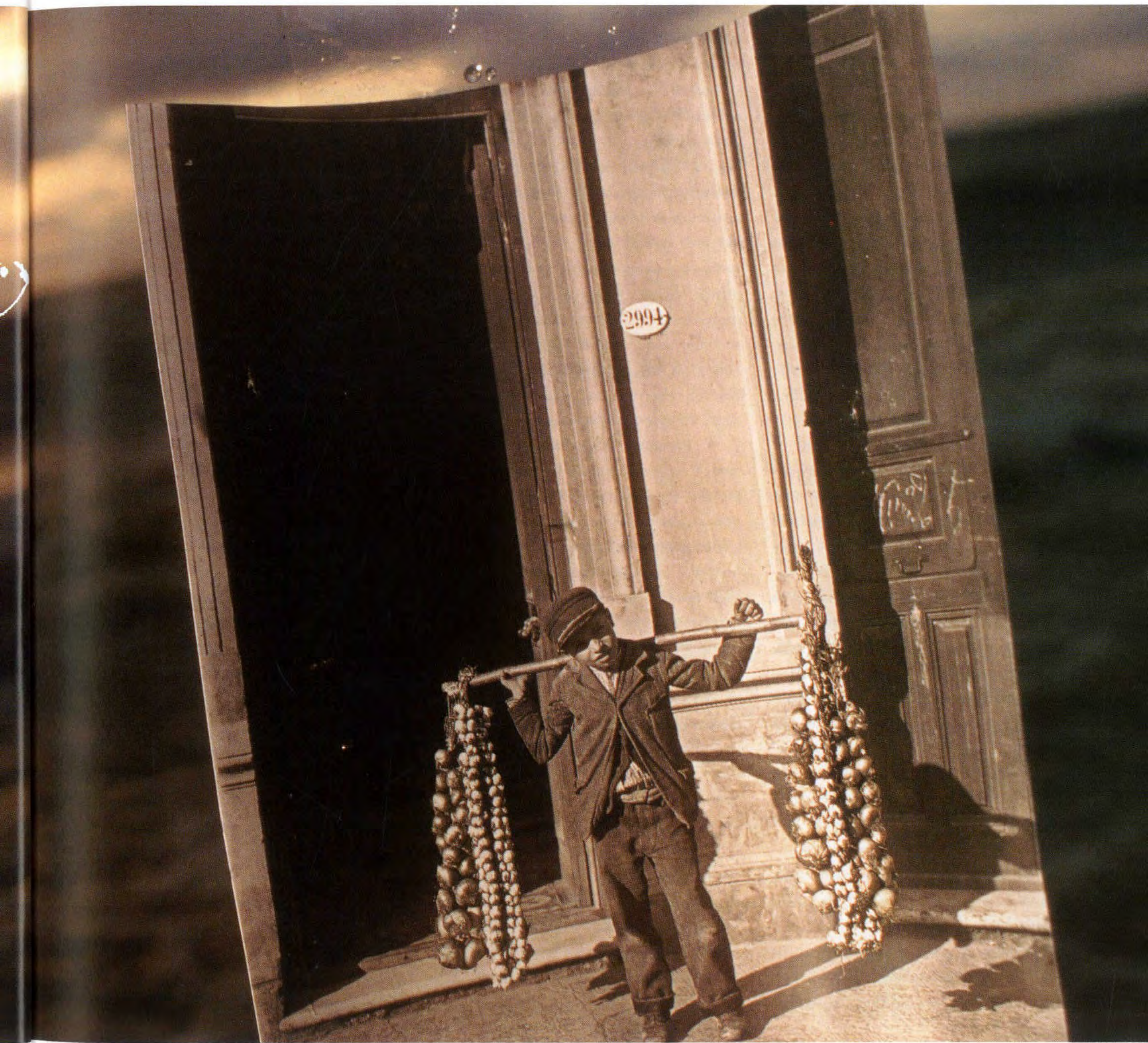


POR **Daniel Molina** Periodista, dirige el área de Letras del Centro Cultural Ricardo Rojas (UBA)

FOTOS **Leo Vaca**

# Sueños y odios en una nueva tierra

LOS QUE ESTABAN,  
LOS QUE LLEGARON,  
LOS QUE VINIERON DESPUÉS



Ha pasado la mitad del siglo XVIII y, en un pueblito vasco que no tiene nombre para el mapa, unas decenas de familias que comparten el terruño desde hace siglos —quizá, milenios— enfrentan una hambruna mitológica. En ese año de mil setecientos setenta y tantos el Señor ha mostrado el rostro que gustaba lucir ante los profetas del Antiguo Testamento, cuando era el Señor de los Ejércitos y la crueldad y el castigo eran sus atributos. El Señor no tiene piedad con sus miserables vascos de ese pueblito ignoto y los condena a un hambre que ellos, acostumbrados a ser famélicos y no comer carne casi nunca, sin embargo, desconocen. El Señor es poderoso.

En ese lugar del mundo viven los Alzaga, muertos de hambre y tan pobres como los animales que han visto más en sus sueños que en la realidad. El menor de los Alzaga tiene unos once años y parece despierto. Los padres saben que unos vascos que vivieron cerca de su poblado se fueron a América y allí viven bien. Al menos, tienen comida. Deciden enviar al hijo menor. Saben que nunca más lo verán, pero también saben que si se queda posiblemente tampoco lo vean mucho tiempo más: el

deja vecina vino a bautizarlos y les contó que detrás de las montañas existe el mundo, que atravesando el mar se llega a América y que allí los hombres son más afortunados, pero no siempre buenos cristianos. Martín cruza el mar y llega a Buenos Aires, menos que una ciudad por entonces. Pero ni siquiera se queda en esa aldea que recién un siglo más tarde será grande: parte a la campaña, casi a la frontera con el indio, donde los vascos que su familia conocía tienen una pulpería. Alzaga comienza su vida americana trabajando de ayudante en una pulpería en la frontera más austral del mundo. Como quien dice: alejado de Dios y de la gente.

El joven, lo habíamos dicho, es de veras despierto. Descubre que la prohibición de comerciar con cualquiera que no sea la Corona española ofrece la oportunidad de obtener ganancias extra: descubre la Argentina, la inventa. Descubre el fraude, la violación de la ley. Es, aunque ignorante, un filósofo: comprendió como nadie que la ley absurda está hecha para ser violada y que el riesgo que se corre al realizar la violación se paga con ganancias enormes.

Cuarenta años más tarde, en plena

se conserve como el negocio más rentable del mundo. Cuando es fusilado en 1813, Martín de Alzaga es uno de los hombres más ricos de los que han existido bajo el sol: ni entre los dueños de las minas de Potosí o de México hay señores que hayan acumulado fortuna semejante. Los puritanos de Boston son ricos, pero aún ninguno de ellos logró amasar una fortuna semejante: ya desde el comienzo Estados Unidos y la Argentina son diametralmente opuestos.

Martín de Alzaga es un emblema: es el inmigrante que, literalmente, "hizo la América". Es el hombre que vino huyendo de la miseria más miserable, con pocos conocimientos —ordeñar una vaca, tareas pastoriles—, sin un céntimo y con hambre acumulado durante generaciones y descubrió que el dinero no se hace trabajando. Fue un pequeño Pizarro, que no alcanzó ni un milímetro de la gloria ambigua del conquistador de Perú, pero que obtuvo una mayor recompensa material. Alzaga triunfó hasta tal punto que logró blanquearse: nadie lo piensa como un inmigrante.

Hay inmigrantes, en cambio, que nunca dejan de serlo. Son los condenados de la tierra. Suele encontrárselos en los edificios ocupados de la ciudad de Buenos Aires. Casi todos los que viven ocupando llegaron de los países limítrofes o de las provincias "limítrofes", un eufemismo que les da apenas unos milímetros más de seguridad para enfrentar la vida en Buenos Aires. La inmensa mayoría no ingresó legalmente al país: la ley de inmigración hace prácticamente imposible que una per-

*El mal viene de afuera, como la amenaza.*

hambre es tan grande entre los campesinos vascos que sólo los privilegiados logran una mala comida al día.

El joven es de veras despierto. Se llama Martín y nunca ha visto el mar ni una ciudad. Una vez un cura de una al-

época de la Revolución de Mayo, Martín de Alzaga va a ser fusilado por querer que España siga siendo parte de la Madre Patria: es decir, que España continúe garantizando el monopolio del comercio para que el contrabando



sona que no sea rica pueda lograr la ciudadanía o la residencia argentina.

En esos edificios ocupados los servicios no funcionan o funcionan mal; sin embargo, los ocupantes pagan alquiler por ese techo. En el sur de la ciudad abundan los edificios ocupados que son regentados por punteros que recaudan miles de dólares. Son unas de las tantas "cajas" de la corrupción.

A unos cien metros de la Plaza de Mayo hay un enorme edificio ocupado desde hace dos décadas. Fue expropiado durante la gestión de Cacciatore para construir una de esas autopistas que no pasaron de los planos. Ahora allí viven cientos de personas hacinadas. Para gozar de semejante beneficio tienen que pagar unos cien dólares mensuales o se tienen que hacer cargo de brindar "servicios" por ese valor.

Ramón, uno de los habitantes de esa colmena ocupada, trabajaba hasta hace poco atendiendo un quiosco 24 horas que estaba a una cuadra, casi frente a la plaza. El tenía el turno noche, de 23 a 7 de la mañana, y cobraba 230 pesos en negro, un atado de cigarrillos por día, un encendedor descartable (unos 50 centavos por mes) y no más de un peso diario en golosinas. Con esas golosinas se alimentaba. Con la plata pagaba su "alquiler" (80 pesos apenas, porque su pieza era tan pequeña que no cabía más que él) y la ayudaba a una vecina, que pagaba \$110 para ocupar su lugar en la colmena: un hueco oscuro, de unos nueve metros cuadrados, que comparte con la madre lisiada. Como todos en ese entretejido

de desdichas, Ramón participaba del trueque. La vecina, casi treinta años mayor (Ramón tiene unos 22 años), permite que él "haga uso sexual de ella, dos veces por semana" —así dice él— a cambio del favor que él le hace: ayudarla a pagar la pieza. Ambos piensan que se hacen favores equivalentes: cada cual da lo que puede y obtiene lo que necesita, una especie de economía de mer-

*Sólo el horror se refleja en sus caras*

cado perfecta, uno de esos ejemplos que faltan en la obra de Adam Smith. Nadie se siente humillado con el trato: ya no hay ni lugar ni fuerzas para eso; es simplemente así.

No todos los ocupantes del edificio parecen inmigrantes recientes, pero casi todos provienen de fuera de la ciudad de Buenos Aires. Siempre se va renovando la población del lugar. Sólo algunos pocos están desde hace años. Si salen de allí será para que los entierren. Ese edificio es un emblema con blasones auténticos para convertirse en un lugar tan histórico como el restaurado Hotel de Inmigrantes. En ese entramado de pasillos y piecitas subdivididas hasta el infinito, sin baños suficientes para la inmensa población de cada piso, con luz robada del alumbrado público, usando calentadores a kerosén para cocinar, allí vive la inmigración perpetua.

Siempre fue sencillo. Los que piensan como nosotros tienen razón. Pero, ¿quién es "nosotros"? Ese "nosotros" a veces incluye a los nacidos aquí —otra

palabra hueca sin su referencia clara—, ese "nosotros" designa a los cuarentones o a los que bebemos buen vino tinto del país, a los que tenemos trabajo o a los que hemos leído ciertos libros o a los que tenemos —o creemos tener— ciertas experiencias compartidas, o millones de otros "nosotros" que sólo funcionan en tanto me incluyen.

"Nosotros" siempre es mi ego po-

tenciado y convertido en única verdad. "Nosotros" son siempre los que se parecen a como yo creo que soy o a como deliro sobre mí. Entonces podría decir: "Nosotros los buenos", aclaración que en realidad está de más: siempre, todas las versiones de mí que puede contener un "nosotros" son buenas, incluso cuando incluyen un deseo de mal; ser malo como yo también es bueno. Otra vez: "Nosotros, los buenos, los progres, nos sentimos mal cuando vemos que actitudes xenófobas, racistas y autoritarias de 'ellos' nos ensucian la conciencia. A nosotros nos parece mal que ellos persigan a los inmigrantes, que los acosen —siendo, como son, vulnerables, débiles, desprotegidos: abandonados por Dios—. A nosotros no nos gusta que Goliat se las agarre con David y, menos aún, que lo venza o lo acorrale herido".

Qué fácil es ser bueno con los débiles. Así somos nosotros, cuya bondad consiste casi únicamente en indignarse. Qué fácil es ser bueno y bienpensante, tener la conciencia tranquila con los



## La advertencia

En las islas Canarias  
Se levantaba una  
enorme estatua  
de bronce,  
de un Caballero  
que señalaba  
con su espada  
al Oeste.

En el pedestal  
estaba escrito

Volveos A mis

Richard Francis Burton

débiles, los negros, los inmigrantes que deben dormir en la calle y arreglárselas como se pueda, sobre todo si ellos están lejos de nosotros. Pero, ¿qué pasa si ocupan en manada el edificio de enfrente de nuestra casa? ¿Qué si nos involucran en tradiciones ajenas? ¿Qué si entre ellas hay prostitutas y entre ellos algún chorro? ¿Qué si se atreven a quebrar nuestro discurso con una molesta falta de estética? Ahí es donde se percibe la verdadera calidad del "nosotros" y se distingue a quien está del lado del otro, del ser humano concreto, y a quien lo utiliza como una banal co- raza progresista.

Como en cualquier tema, cuando se habla de la inmigración hay miles de escenas posibles. Según quién hable, elige la que le gusta o le conviene, o la que le gusta porque le conviene. Nadie es tan puro y limpio como lo desodoriza la conciencia progresista ni tampoco

emigrar resulta casi una hazaña. Cada persona que decide empezar una vida nueva en otra parte es un pequeño Colón, un Cortés de miniatura.

Siempre fue sencillo, decíamos. Pero, ¿cuál es la razón cuando el mundo se ha vaciado de sentido? ¿Dónde está nuestra causa, aquella capaz de arrebatarnos? ¿Dónde hay algo que nos conmueva? Sopla un viento más gélido que la muerte, es el viento de la nada. Vemos a los que están peor, a los que reciben todos los golpes y los vemos como detrás de un vidrio oscuro, lejos, mal definidos, como si el cable de la TV estuviera desconectado. El audio sintoniza mal, no se oyen los gritos. Los inmigrantes que se lanzan al mar desde el norte de Africa para llegar a Europa o los balse- ros cubanos que sueñan con Miami a bordo de un neumático averiado tienen más posibilidades de convertirse en el almuerzo de los tiburones que de llegar a vivir como esclavos en los países con los que soñaron.

Los hijos de la inmigración perpetua serán siempre inmigrantes, aunque hayan nacido en el país, aunque tengan documentos argentinos. La piel, la pobreza y los estudios los expulsan de la ciudadanía. En el partido de Malvinas Argentinas, creado hace cuatro años, cuando se subdividió General Sarmiento, abundan los hijos de inmigrantes de las provincias como en casi todo el segundo cinturón del Gran Buenos Aires. Los chicos de la zona que son afortunados, los que llegan a las escuelas secundarias, los que logran terminar sus estu-

tan demoníaco como lo ensucia el discurso xenófobo. Los inmigrantes son gente que decidió irse de donde estaba porque creyó que habría otro lugar en el que podría vivir mejor. Nadie que se siente respetado, querido incluso, que está económica y sentimentalmente satisfecho en el lugar en que se encuentra se decide a emigrar así nomás. El inmigrante es alguien que no se siente bien, pero, a la vez, es alguien capaz de creer que puede hacer algo por él mismo:

*Spaldas sin tray nada*

dios secundarios, como en casi todo el segundo cinturón del Gran Buenos Aires —la minoría de la minoría, casi inexistentes, pero existen—, concurren a colegios tan desvencijados, tienen tan pocas posibilidades de tener profesores que los estimulen, que es posible que si se los examina seriamente no puedan responder un cuestionario preparado para alumnos de final del primario. Uno entre miles ingresa en la universidad, carga con la responsabilidad de representar a generaciones de golpeados, a miles de humillados, a todos los que son expulsados cada día: demasiado peso para una espalda tan frágil.

Y esto no sucede sólo en la Argentina. Jimmy, por ejemplo, sabía que los hombres no deben llorar, pero aun así no pudo contener las lágrimas. Es muy feo eso de ver que te toman por un monstruo. Jimmy tiene 23 años y está conmocionado. Vivía hasta mediados de 1998 en uno de esos países africanos cuyo nombre nos parece imposible de recordar y como la situación allí era —¿hay que decirlo?— terrible, Jimmy pensó que si se fuese a algún otro país las cosas no podrían más que mejorar. En gran medida fue así. Logró ahorrar los dólares que lo pondrían en Nueva York y hacia allí partió. Cuando uno se va es difícil no empezar a recordar todo lo bueno que hay en el lugar en que vivía y que hasta hace segundos apenas era considerado poco menos que el Infierno de Dante con todas las bestias que el delirio pueda imaginar. No era, sin embargo, el caso de Jimmy: llevaba casi

nada más que muchas esperanzas y un montón de cosas que prefería olvidar.

En los pocos meses que vivió en Nueva York, Jimmy —que no se llama así sino que tiene uno de esos nombres que nadie puede pronunciar— consiguió trabajos horribles, de esos que te hacen sudar la gota gorda y en los que sólo escuchás los insultos más agraviantes, pero aun éstos eran más dignos y mejor remunerados que los que podía esperar en su imposible país africano. Además, descubrió lo que es el racismo. Lo descubrió en la piel.

Imagínense la facha de Jimmy: recién llegado de Africa, apenas si balbucea un par de frases en inglés, sin dinero, con ropa menos que de segunda, con una semana de dormir a la intemperie y sin bañarse en pleno verano, con las crenchas más engrasadas que rey rastafari. Va caminando por una de las calles que desembocan en Central Park cuando se enfrenta con una mujer blanca, de unos sesenta años, muy elegante, vestida con ropa de marca. Los dos se enfrentan y sólo el horror se refleja en sus caras. Ella no puede creer lo que ve. Ahí está el propio Jimmy transformado en un diablo de vudú. Nunca nadie abrió tanto los ojos ni tuvo tan blanca la piel de la cara. Eso es miedo. Y por eso a la mujer sólo se le ocurre gritar y salir corriendo. Grita como Jimmy no recuerda haber oído gritar a los cerdos que sacrificaban en la aldea de su abuela cuando todavía su patria era un

## La ciudad

Konstantinos Kavafis

Dices "Iré a otra tierra, hacia otro mar  
y una ciudad mejor con certeza hallaré.  
Pues cada esfuerzo mío está aquí condenado,  
y muere mi corazón  
lo mismo que mis pensamientos en esta  
desolada languidez.  
Donde vuelvo mis ojos sólo veo  
las oscuras ruinas de mi vida  
y los muchos años que aquí pasé o destruí".  
No hallarás otra tierra ni otro mar.  
La ciudad irá en ti siempre. Volverás  
a las mismas calles. Y en los mismos suburbios  
llegará tu vejez;  
en la misma casa encanecerás.  
Pues la ciudad siempre es la misma. Otra no  
busques —no la hay—,  
ni caminos ni barco para ti.  
La vida que aquí perdiste  
la has destruido en toda la tierra.



# Ciclo de conciertos corales

Con la música del mundo en los barrios de Buenos Aires



Martes 18 de agosto, 20:30 hs.  
Parroquia del Patrocinio de San José  
Ayacucho 1072  
Entrada Libre

Estudio Coral de Buenos Aires  
Dirección: Carlos López Puccio

**Programa:**  
Ave Pater Magnificat (1989)  
Clement Jannequin Canto de los Pajaros (ca. 1529)  
Richard Strauss Der Abend - Op. 34 N° 1 (1897)  
Henryk Mikolaj Górecki Tatu Tatu (1987)  
Dos canciones folklóricas venezolanas: El Periquito ars. Modesta Bello Carrizo de los Pajaros ars. Rafael Suarez  
Tres canciones folklóricas ingrias: Vela Tormenta (de Takerin Blaz, 1979)



UNA INICIATIVA DE LA FUNDACION MACRI  
Con el auspicio de La Comisión Arquidiocesana para la Cultura



# beca socma 98



El concurso de becas socma 98 se realizará el día 18 de agosto de 1998 en el salón de actos de la Universidad Nacional de Córdoba. El concurso tiene por objeto premiar a los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba que hayan obtenido el primer premio en el concurso de becas socma 98.

El concurso de becas socma 98 se realizará el día 18 de agosto de 1998 en el salón de actos de la Universidad Nacional de Córdoba. El concurso tiene por objeto premiar a los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba que hayan obtenido el primer premio en el concurso de becas socma 98.

# El universo, su origen y evolución en la visión de la física actual

Mesa Redonda

Profesores participantes:

- Dr. Juan Maldacena  
Lyman Laboratory of Physics  
Harvard University
- Prof. Víctor Rodríguez  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Universidad Nacional de Córdoba
- Dr. Diego García Lambas  
Observatorio Astronómico  
Universidad Nacional de Córdoba
- Dr. Osvaldo Moreschi  
Facultad de Matemática, Astronomía y Física  
Universidad Nacional de Córdoba

Coordinación:  
Dr. Reinaldo Gleiser  
Facultad de Matemática, Astronomía y Física  
Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Matemática, Astronomía y Física  
Universidad Nacional de Córdoba

Fundación Macri y Ecogas

Viernes 30 de abril 19hs.  
Salón de Actos  
Pabellón Argentina  
Ciudad Universitaria U.N.C.

Entrada libre y gratuita



# Xul Solar



Vías, 1925

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES  
setiembre / octubre 1998

Av. del Libertador 1473, Buenos Aires  
Entrada libre  
Martes a Viernes de 12:30 a 19:30, Sábados y Domingos de 9:30 a 19:30

www.museoquincenta.com.ar

www.bellasartes.gov.ar

museo@ciudad.com.ar



Toda la revista  
**LATIDO**  
 la escribimos nosotros.  
 Ahora, te toca a vos.

Suscribite a Latido y recibí el ejemplar todos los meses en tu casa.

Un año (12 números)	
Argentina .....	\$ 54.-
Uruguay, Brasil, Paraguay,	
Bolivia y Chile .....	\$ 75.-
Resto de América .....	\$ 96.-
Resto del mundo .....	\$ 114.-

Formas de pago:

- Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
- Débito en mi tarjeta Visa N° .....

Vencimiento .....Cód. seg. ....

Firma

Nombre: .....  
 Dirección completa: .....  
 Documento: .....  
 Ciudad: .....  
 País: .....  
 Tel: .....  
 E-mail: .....

Envía este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires. Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.

Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:

1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.  
 Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar

Cupón no válido para Capital Federal.



poblado pequeño. Jimmy, que no pudo contener las lágrimas, que jamás se imaginó el horror de convertirse en una amenaza andante. Jimmy aprendió de golpe cuán diferente es un inmigrante.

SOÑAR EL PASADO

A principios de siglo, cuando uno de cada tres habitantes de Buenos Aires era inmigrante y algo más de la mitad de la población de la ciudad había nacido fuera de sus fronteras, las comunidades extranjeras comenzaron a producir un extraño proceso de integración: el movimiento criollista. El círculo polaco se reunía a bailar el pericón y tomar mates para festejar el 25 de Mayo después del asado de rigor. Los turcos, los libaneses y los italianos no le iban a la zaga. Las decenas de comunidades extranjeras que existían en la ciudad hacia la época del Centenario habían desarrollado círculos culturales que, entre otras actividades, celebraban las fiestas patrias... de la Argentina. Esas otras actividades consistían, mayormente, en reunirse para aprender danzas nativas, formar elencos teatrales que solían representar el Moreira, realizar algunas destrezas a caballo y hasta animarse a las tareas campestres, propias de la pampa.

El aquerenciamiento fue tan fuerte que ya los hijos nacidos en la Argentina creían que el 25 de Mayo o la gesta sanmartiniana pertenecían tanto a la historia de la Patria como al pasado familiar. Delirio que ninguna corroboración desmiente: por lo general, en la

época de la Independencia argentina, los antepasados de la mayoría de los actuales habitantes vivían en las agrestes montañas de Aspromonte, mendigaban el pan a la salida de la misa, frente a la catedral de Burgos, o vivían en alguno de los muchos guetos que la sociedad europea había edificado para los que negaron al Señor. No importa: en el patio del conventillo todos los inmigrantes se iban haciendo, más que argentinos, criollos.

A diferencia de la mayoría de los países europeos y de los países americanos en los que había una importante comunidad indígena sedentaria, en el territorio que ocupa actualmente la Argentina casi no había habitantes nativos que estuvieran asentados. Salvo en el norte andino —tributarios de los incas—, los indígenas "argentinos" eran nómades, vivían de la caza y de la pesca. El nuestro no es un país que recibe inmigrantes, sino que está hecho de inmigrantes. Como hay pocos oriundos de la tierra —y en general, condenados a la marginación— cualquiera que logra integrarse se siente dueño de la Patria y de sus metáforas: la Argentina no le pertenece a nadie. Ese sueño, sin embargo, es resistido cada día. La generación anterior, la comunidad más numerosa, los que lograron hacer más dinero, cualquiera que pueda ejercer cierto poder no se priva de hacerlo. La masa informe que soporta la presión es siempre la misma: el último inmigrante, el aún no establecido, aquel que pertenece al grupo nacional que aún no recibió reconocimiento social.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



*Hay inmigrantes que nunca dejan de*

Las madres tehuelches ven que los progresistas de las ciudades están formando maestros que hablen su antigua lengua para enseñarles a los niños indígenas en su idioma. Las madres tienen miedo de que sus hijos sean tan discriminados como fueron los de su generación y no quieren que los chicos aprendan tehuelche. Las madres quieren que sus hijos se hagan "argentinos". Ellas saben que mantener la tradición es condenarse a la miseria, a la humillación, estar dispuesto a recibir todos los golpes. Ellas no son progre-

sistas: tan sólo quieren a sus hijos.

Tanto como los indígenas, percibidos casi como extranjeros a pesar de que nunca se movieron del lugar en que nacieron, los peor evaluados son los bolivianos, los paraguayos, los peruanos. Los más pobres, los menos educados, los de piel más oscura. Un policía raso de la Bonaerense —tiene la piel clara, pero el pelo oscuro y duro denuncia que hay sangre de los indios pampa corriendo por sus venas, la forma de hablar demuestra que no aprobó el secundario— me cuenta que a su comisaría había ido

una chola boliviana a denunciar que la habían violado y que ningún policía le creyó. "Más quisiera que alguno tuviera el estómago para violarla", me dijo y puso cara de asco. Ni la violación es algo que se merece el último inmigrante.

#### TODO CAMBIA

La sensación de ruptura, la de un antes y de un después de la inmigración toca a todos, incluso a los privilegiados. Ella se llamaba Stefanie y trabajaba para las





*serbo, son los pluidados de la tierra*

Naciones Unidas en Nueva York. Para conocer mundo, porque le habían hablado bien de Buenos Aires, porque le pareció que pedir el traslado a la capital argentina y ver cómo era durante un año no resultaba algo demasiado arriesgado, porque quería poner distancia de uno de esos amores que se van dejando demasiadas huellas y porque estaba aburrida de que nada nuevo pasara en su vida que acababa de inaugurar la década de los cuarenta, Stefanie pidió el traslado y lo obtuvo. Buenos Aires la maravilló. Vino durante el gobierno de

Alfonsín, tres años antes de la hiperinflación y los saqueos, y todo le gustaba. Algo le hacía preferir Buenos Aires a Nueva York: acá una mujer podía andar sola, de noche, por la calle y no temer nada (al menos en ese momento y por las calles de Palermo).

Casi naturalmente pidió que le renovaran la permanencia y se quedó otro año. Era el último en que podía usar esa ventaja. Si decidía quedarse debía renunciar a su contrato con Naciones Unidas y lo hizo. Tenía suficientes ahorros para comprarse un depar-

tamento, había hechos buenos contactos como para no temer por su futuro profesional, un par de compañeros de trabajo lograron que creyera que era cierto el mito del amante latino (Stefanie era muy ingenua). Tenía todo lo que hay que tener para que te vaya bien en la vida y Buenos Aires le pareció el lugar ideal para recomenzarla. Pidió la residencia, pensaba incluso en la ciudadanía; Stefanie era una fanática seducida por el Río de la Plata.

La hiperinflación y el plan Bonex le comieron los ahorros que había pasa-



## Degenerados

A principios de siglo apareció Buenos Aires, la rivera y los prostíbulos en 1880, escrito por el subcomisario Adolfo Batiz (el subtítulo señalaba "Contribución a los estudios sociales"). Batiz no se centraba en los prostíbulos, salvo para sumar su voz a la campaña que pedía que no se los erradicara, ya que "son un pequeño mal que ayuda a prevenir un mal mil veces peor". El tema del libro era la inmigración y lo que él todavía llamaba "los invertidos". Batiz denuncia que hay una prostitución que es infinitamente nefasta: la de los italianos varones, que no le hacen asco —incluso siendo hombres casados— a acostarse con otros hombres. Los "lunfardos" —así les decían— frecuentaban el Paseo de Julio, al que Borges le dedicó un poema en *Fervor de Buenos Aires*. Allí acudían sus clientes; los contactaban en cada esquina, debajo de las palmeras que adornaban el paseo; los llevaban a sus casas o iban a algún rincón escondido en el puerto, ahí nomás. Buenos Aires hervía de "lunfardos" entre 1895 y 1910. Para algunos, el peor de los males de la época —Batiz coincide con Ingenieros, Ramos Mejía, Bunge y toda la pléyade de positivistas argentinos— era la invasión extranjera que trae a la patria el vicio romano. El inmigrante aparecía como el portador del mal, su difusor. El mal de la inversión se propagaba por medio de la sugestión. Y se debía controlar al inmigrante para que no pervirtiera a la impresionable juventud argentina.

do a pesos porque le daban mayor interés. Los contactos se fueron perdiendo porque todo el mundo quedó pedaleando en el aire mientras aparecían nuevas caras para ocupar todos los puestos. Tener 50 años, aunque el dominio del inglés sea perfecto y la ciudadanía norteamericana encandile a la gerencia tilinga, es una desventaja irreductible. Sin embargo, Stefanie logró establecerse. Compró un departamento en Palermo, pero es tan chiquito que ahora la alegra el estar sola. Ya no le arrastran el ala los amantes latinos y con su sueldo apenas si vive. No logra devolver algo de lo mucho que pidió prestado acá y allá. De alguna manera eso la hace sentir aquerenciada. Ya no se considera una inmigrante —ni sueña con volverse a Nueva York—. Cree que tantos sacrificios compartidos con los demás la han transformado en una porteña honoraria, pero apenas uno la ve sabe que faltan un par de generaciones para que ciertos ritos, ciertas posturas del cuerpo, los sobreentendidos sean también suyos. Stefanie zafó, no está bien, pero supone que estaría peor si se volviese. Encara el drama del inmigrante: quedarse es difícil, pero ya no hay dónde volver.

¿Quedarse? ¿Partir? Partir es cruzar el mar entreviendo en el sueño la pampa como si fuera otro mar. Partir es cruzar los Andes para encontrar que del otro lado la vida no es mucho mejor, pero que algo mejor tiene, quizá sólo porque en otra parte uno se atreve a hacer cosas que no se atreve a hacer en su propia tierra. Partir es cruzar el río,

abrumado por recuerdos que se trata de arrojar por la borda para que los tape esa bruma que se levanta sobre el agua y deposita gotitas de rocío en las mejillas, tan parecidas a las lágrimas. Partir es llegar acá, a una tierra que se quiere nueva. A la patria de los inmigrantes.

Ya lo decíamos: siempre fue sencillo. Los que piensan como nosotros tienen razón. Pero, ¿cómo ser "nosotros" cuando "ellos" está tan desdibujado, cuando "ellos" se nos parecen tanto? Quizás apenas sean más groseros. O es que la crueldad es su vocación —creemos que no es la nuestra—. Tal vez no sea del todo cierto que nada tiene sentido. O, mejor dicho, quizá resulta que nos estamos convirtiendo en poetas de nuestra vida, en artistas en el mundo: ahora el sentido es nuestra responsabilidad.

## LOS BÁRBAROS

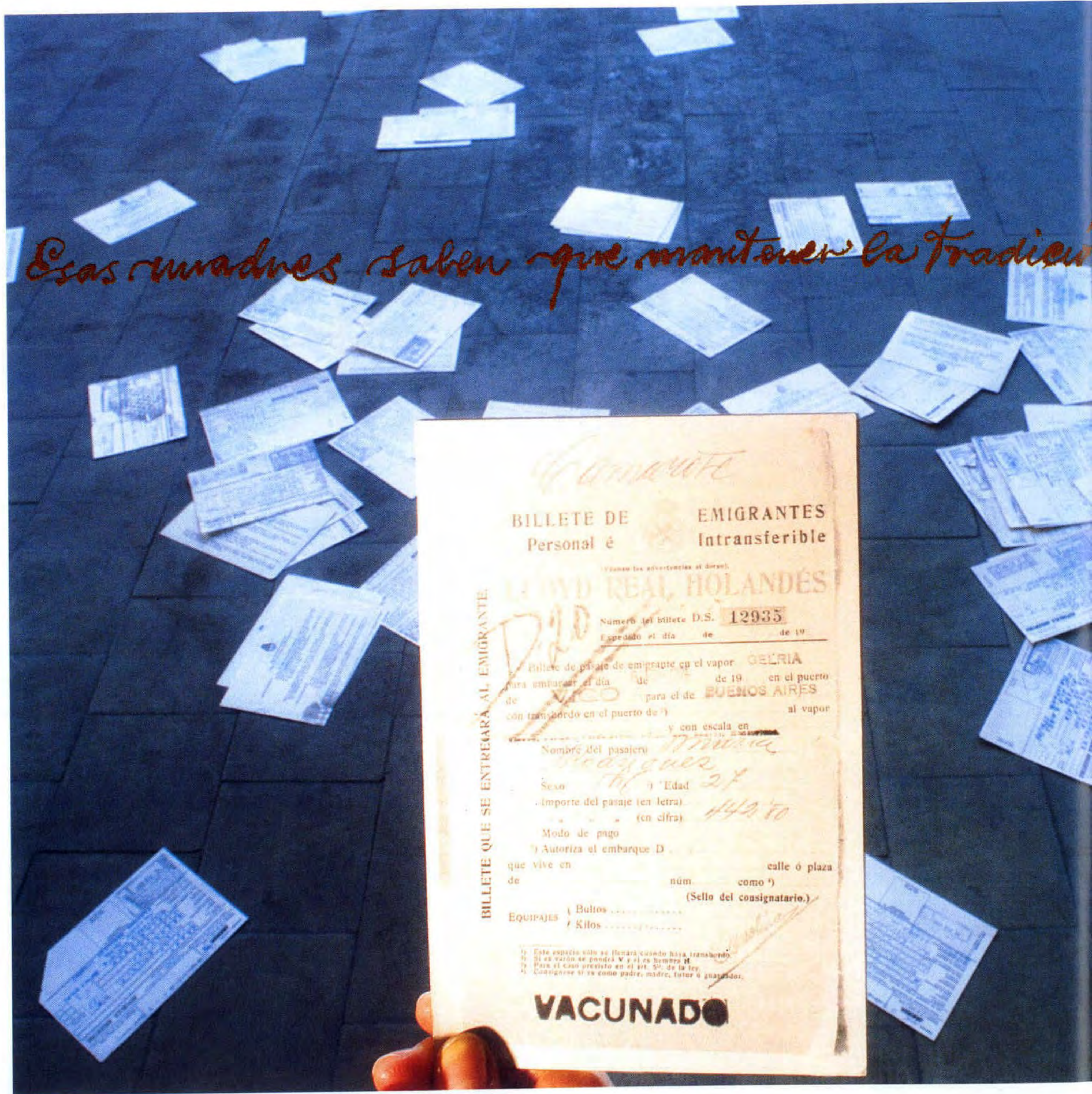
*El payador* es el libro de Leopoldo Lugones que recoge la serie de conferencias que dio, a mediados de la década del 10, en el Teatro Odeón. Creó un mito, o varios ligados entre sí. Hizo del Martín Fierro el clásico nacional y del gaucho la esencia de la raza. Inventó un sentido positivo a la palabra gaucho, que mientras los gauchos existieron fue un insulto: hijo de puta, deformación de gaucho, sin padre. El gaucho de Lugones —desde entonces el gaucho argentino— es mitad indio y mitad europeo y fue creado para oponerle a los inmigrantes. El mal es exógeno, viene de afuera. Co-



# **Aguas Argentinas**

*Un compromiso permanente con la vida.*

*Esas madres saben que mantener la tradición*



mo en la Argentina todo viene del exterior, el mal es una amenaza constante. Es necesario tener una fe constante y una vocación de cruzados: la lucha contra el peligro exógeno no termina nunca. Hay algo inefable en la Argentina: quizá sea que es vivida como terri-

influencia de la familia debía ser destruida por medio de la educación estatal. Fuera de la Iglesia, nadie le negaba al Estado su derecho indeclinable a educar a todos los ciudadanos. Hacia 1910, Manuel Gálvez, nacionalista clerical y conservador, en respuesta a un obispo

En el estudio de América TV está la típica parejita que conduce el noticiero. En la Argentina no hay diferencias de sexo en el mundo de los cabrones. Tanto los comentarios de ella como los de él son repugnantes. Durante dos bloques de casi 15 minutos cada uno, los tres periodistas —el movilero no quiere ser menos— se sacan chispas en la dura competencia por prejuizar a la gente que está siendo detenida salvajemente. Mientras se está transmitiendo el noticiero, el único delito que se menciona es que esas 160 o 220 personas detenidas parecen ser inmigrantes, cada tanto se agrega, "ilegales". Se dice: están mal vestidos (tienen cara y ropa de pobres). A los gritos, dando cierta impresión de horror porque ahí nomás, en una galería del barrio de Belgrano, hay semejante cantidad de inmigrantes "ilegales" capaces de hacernos vaya a saberse qué, pero seguramente algo terrible, vociferan, editorializan e interrogan a la gente los periodistas de América.

Por suerte está la policía actuando (la policía: la instancia de la verdad). Los periodistas que conducen desde el estudio gritan que varios —así, indeterminado— de los detenidos no tienen documentos con ellos que demuestren que residen en el país legalmente.

En determinado momento, el movilero comprende que, a pesar de haberse esforzado mucho, todo lo que ha hecho y dicho hasta entonces ha sido en vano: los dos que están en el estudio dicen cosas infinitamente más agresivas, mentirosas, prejuiciosas y repug-

## *es condenarse a la miseria*

torio de frontera, tal vez su geografía, pero indudablemente los criollos sienten que hay algo que purifica y protege. Los inmigrantes que vinieron antes —los que ya no se reconocen como inmigrantes o como descendientes de inmigrantes— quieren que los recién llegados se integren a la Nación, porque al nacionalizarse dejarán de ser una amenaza. La Nación Argentina es el lugar de la depuración. Como en cada hogar inmigrante anidaba —anida— el peligro del mal, el Estado-nación argentino usó los dos espacios de la vida social que le pertenecen para influir desde ellos sobre el hijo del inmigrante, para convertirlo en argentino de pleno derecho: esos espacios son la escuela y el servicio militar.

La educación argentina ha estado más preocupada por disciplinar el cuerpo, por enseñar a obedecer o inculcar las normas correctas que por el conocimiento. La escuela argentina ha tenido una misión: hacer de cada niño un criollo, lograr neutralizar la disparidad infinita que anida en cada familia. A diferencia de los conservadores de este fin de siglo, los del anterior creían que la

que había pedido que fuesen las familias las que eligieran qué tipo de educación debían recibir los hijos, expuso la doctrina del Estado nacional: "La educación es una materia tan importante que sólo el Estado tiene competencia en ella; ni la Iglesia ni la familia tienen derecho a decir nada al respecto".

### ILEGALIDAD

Verano del 98. Haciendo zapping me detengo en el noticiero de América TV. Estoy por cambiar de canal cuando anuncian que van urgente a exteriores porque ha sucedido algo muy importante, terrible. Desde la calle, frente a una galería comercial del barrio de Belgrano, el movilero informa que la policía acaba de realizar un operativo gigantesco para detener a numerosos delincuentes —la cifra nunca es precisada, pero oscila entre 160 y 220 personas, una razia de aquellas—. Los delincuentes son peruanos que fueron a comer a un par de barcitos que sirven comidas de ese país, pero el movilero lo dice de tal manera que parece un delito.

nantes de las que él es capaz de pensar. Quizás hasta pueda suceder que el televidente sospeche que él tiene cierta connivencia con esos inmigrantes: no ha sido suficientemente violento e injusto. Descubre que los dos que están en el estudio no tienen límites. Entonces, el movilero estalla. Empieza a correr a cualquier persona que tiene cerca. Los agarra del brazo y los interpela a

que vivir: al andar los caminos se separan. Ellos, por ejemplo, no vacilan en mentir al culpar a los inmigrantes por la escasez de trabajo para los nativos, no les tiembla la lengua cuando afirman que esa es la principal causa de la desocupación. ¿Cuál sería entonces el lugar de "nosotros"? Eso nunca fue sencillo.

En la Argentina el pasado nunca acaba. Las historias del siglo pasado, los

eran —aunque con distinto color de piel— pobres y poco o nada educados.

La ciudad como lugar civilizatorio es un viejo lugar común: Sarmiento coincide en esto con los griegos antiguos. En la Atenas de Pericles la misma palabra que significaba "ciudadano o urbano" designaba a la persona inteligente o a la frase ingeniosa, y, por el contrario, la palabra que significaba "campestre" designaba al tonto, al que era lerdo para entender o al que decía tonterías. La clase dirigente argentina, entre 1890 y 1920, invirtió ese sentido. El campo —espacio que ellos manejaban, donde tenían sus estancias y recibían un trato casi feudal de parte de la peonada— era el lugar de la dignidad, de la patria, de la salud y de la moral, era el espacio social positivo. En cambio, la ciudad —en la que los inmigrantes no hacían más que proliferar, en la que los anarquistas y las mujeres obreras levantaban sus voces incomprensibles pidiendo derechos absurdos— era vista por ellos como un espacio degradado, pecaminoso, inmoral. Para combatir a los invertidos, la elite tuvo que invertir los espacios en los que se desarrollaba el drama, civilización o barbarie. El campo fue visto como el edén, la ciudad se transformó en una Babilonia pecaminosa y caótica. Desde entonces, a los puros sólo les queda el exilio de espíritu: convertir al nosotros en una identidad para pocos y permanecer siempre atentos, en vigilia. Porque ellos —se sabe— vienen cabalgando.

## ¿A quién incluye la palabra "nosotros"?

los gritos, con los ojos inyectados de sangre. Es el odio personificado. Entre los que agarra para lanzarle alguna acusación a la cara o para preguntarle algo hay muchos que son amigos o familiares de los detenidos, mujeres asustadas, con chicos en los brazos, que no saben qué hacer frente a la furia divina que se ha aparecido de golpe con la forma de un periodista televisivo. El movilero los pone en cámara y les exige, con la expresión desencajada, que muestren sus documentos. Les desabrocha, en cámara, el botón del bolsillo de la camisa para ver si tienen los papeles en regla (sólo un hombre se resiste, tímidamente, a que lo manosee). Los que no muestran el documento no pueden hablar. El decide quién puede reclamar. Sus compañeros aplauden la cobertura excepcional que está realizando.

Siempre fue sencillo. Los que piensan como nosotros tienen razón. Después de todo quizás hay un "nosotros" y un "ellos". Aunque no es sencillo saber qué nos diferencia. Para saberlo hay

ecos que vienen del Centenario, cada época pasada no termina nunca: vivimos en un eterno presente. Somos ciudadanos perpetuos de Babilonia. De la Babel en la que se entremezclaban todas las lenguas, la Babel que producía un murmullo que los oídos del Padre no toleraba. Más que una patria, Babilonia es la tierra del exilio. Un exilio incesante, una emigración que no cesa.

Para Sarmiento el campo era el lugar de la barbarie. Si la civilización era posible, sólo lo era en las ciudades. Surgió así el sueño de las colonias: Esperanza, en Santa Fe; Chivilcoy, en Buenos Aires. El sueño de poblar la Argentina con inmigrantes "civilizados", tirolese, alemanes, gente educada, gente que amara el trabajo, dispuesta a transformar la pampa en un jardín inglés. Pero la pampa queda vacía (tiene dueños, pocos dueños que no ceden nada) y las ciudades se llenan de "negros": desde los actuales morochos paraguayos hasta los "colorados" polacos o rusos, igualmente despreciables porque





**Escuchamos ideas para que dejen de ser ideas.**

Para que se puedan concretar sus proyectos y sus sueños.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

En su vida familiar, profesional o empresaria.



**La Banca Solidaria.**

## FRASES QUE VALEN LA PENA

Siempre hubo una lucha feroz dentro de mí mismo entre "el aquí y el allá", el llamado de las raíces y el sueño de viajar. En este enfrentamiento de autóctonos y extranjeros, durante mucho tiempo me sentí de ambos bandos.

Hoy, me ubico categóricamente del lado de quienes, por preferencia, naturaleza o por las circunstancias, están totalmente afuera. La no pertenencia —la veo como una falta de orienta-

ción, una pérdida del

Oriente— es ahora mi país artístico. Mis únicas moradas están donde estén

mis libros, cerca de un sillón favorito, un baño caliente o una playa, bajo la luz de un velador en plena noche.

Le sobreviene a uno una absoluta necesidad de moverse. Y lo que es más, de moverse en una particular dirección. Una doble necesidad, entonces: de estar en movimiento, y de saber hacia dónde.

**Irse es como sustituirse a uno mismo por el recuerdo, y puede ser peligroso.**

No viajo para ir a ninguna parte, sino para ir.

También los extranjeros son seres humanos, pero los ingleses tenemos cierta propensión a olvidarlo.

En última instancia, ese innato sentimiento de extranjería constituye la base del antisemitismo. Y ningún tratado, por mejores intenciones que tenga, conseguirá extirparlo del mundo. Pues las nacionalidades no quieren mezclarse, quieren seguir sus destinos.

Viajando descubres que las diferencias desaparecen: cada ciudad se parece a todas las ciudades, los lugares intercambian su forma, orden y distancias, una polvareda informe invade los continentes.

**Un hombre debe**



**A medida que uno se va**

**quedando en un sitio, las**

LOUIS FERDINAND CÉLINE,

**cosas y la gente se pudren**

ESCRITOR FRANCÉS

**y empiezan a oler mal**

**expresamente para uno.**

BOB DYLAN,

**Navegar alrededor del mundo**

CANTANTE ESTADOUNIDENSE

**en una sucia góndola...**

CONTEMPORÁNEO

**¡oh, y regresar a la tierra de**

**Coca-Cola!**

*Extranjero en el mundo*

*es tanto quien no conoce*

*lo que hay en él como quien*

*no conoce lo que pasa.*

*Fugitivo el que huye de la ley*

*de la ciudad; ciego el que*

*tiene los ojos cerrados de la*

*inteligencia; mendigo el*

*que necesita de otro y no se*

MARCO AURELIO,

*basta a sí mismo. Tumor*

EMPERADOR Y

*purulento del mundo quien,*

FILÓSOFO ROMANO

*por desacuerdo constante*

*con lo que ocurre, rechaza la*

*razón de la naturaleza que*

*nos es común: todo, incluido*

*tú, tiene en ella su origen.*

*Miembro amputado de la*

*ciudad quien separa su alma*

*de la de los seres racionales,*

*pues sólo es una.*

**Como pasa con la cerveza,**

HENRICH HEINE,

**los alemanes exportados**

POETA ALEMÁN

**no mejoran de calidad.**

JORGE LUIS BORGES, POETA Y ESCRITOR ARGENTINO

**Quien se aleja de su casa, ya ha vuelto.**

De la Biblia:

"Yahveh dijo a Abraham:

GÉNESIS 12, 1-3

'Vete de tu tierra, y de tu

patria, y de la casa de

tu padre, a la tierra que yo

te mostraré. De ti haré una

nación grande y te ben-

deciré. Engrandeceré tu

nombre (...).

Bendeciré a quienes te

bendigan y maldeciré a

quienes te maldigan.

Por ti se bendecirán todos

los linajes de la tierra'."

*Ven: ese es el odio al extranjero*

*que heredamos de España.*

*Una vez que logramos la*

*Independencia, buscamos un*

*curso de agua o unas montañas*

*para decir: ahí, detrás de*

DOMINGO F. SARMIENTO

*ese río o esa cordillera están*

POLÍTICO, MILITAR

*los forasteros a quienes ahora*

Y ESCRITOR ARGENTINO

*debemos combatir.*

**be tener siempre las botas puestas, listo para emprender su viaje.**

MICHEL EYQUEM DE MONTAIGNE, ENSAYISTA FRANCÉS

POR **Zoltán Mikolás** Especialista en informática y en medios electrónicos. Nació en Budapest en 1954

FOTOS **Leo Vaca**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)  
**“PARA MÍ, EL CASTELLANO**

TESTIMONIO  
DE UN PERIODISTA HÚNGARO  
QUE SE RADICÓ  
EN BUENOS AIRES

*Les cuento: la responsable* fue una argentina, María, que conocí en una beca en los Estados Unidos. Cuando decidí presentarme para esa beca, me estaba divorciando y quería cambiar todos los aspectos de mi vida. Pero jamás pensé que iba a lograr hacerlo de manera tan profunda. Yo, que nunca antes había cruzado al sur del Ecuador, en un día ventoso y nublado de junio de 1995 aterricé en Ezeiza. María estaba embarazada de 8 meses y yo no hablaba ni una palabra de castellano. Nuestro idioma común era el inglés. Poco más de un mes después, una noche, nació Lotzy (en realidad, en húngaro, se escribe Laci, pero ya aprendí que esto, según la grafía del castellano, suena más como el nombre de un perro que el de un ser humano).

Aquella noche, los tres compartimos, extenuados, una habitación de la clínica. María, en la cama principal, estaba agotada por la experiencia de su primer parto y de los 4 kilos y medio de Lotzy. El protagonista, en una cuna transparente, descansaba agotado por el gran camino que había hecho. Yo, en una cama auxiliar, yacía terminado por la experiencia de la llegada de mi primer hijo y por tenerlo de una mujer extranjera, en un país nuevo, sumergido en un flujo continuo de palabras incomprensibles. Por eso, para mí el castellano tiene cara de mujer.

De golpe, me quedé dormido. ¿Cuánto duró? Seguro que no mucho. A cada rato entraba una enfermera o lloraba Lotzy. Pero en los quince o

veinte minutos que dormí, soñé en castellano. En mi sueño, estaba caminando en una avenida de Buenos Aires, probablemente Santa Fe. La vereda estaba llena de gente. Escuchaba a todos, hablando. Unos me hablaban a mí. Sabía que todo era en castellano, pero no entendía nada. Mi mente reprodujo —o, quizás, inventó— un idioma completo y lo identificó como castellano, aunque aún fuera un jeroglífico extraño.

Mi pelea con los idiomas tenía raíces antiguas. Comenzó cuando cumplí 15 años y mi padre me mandó a veranear a Jena, una ciudad que por entonces pertenecía a un país que ya no existe: la República Democrática de Alemania, más conocida como Alemania oriental. Mi padre intentaba manejarme con las mejores —y las más claras— intenciones. Siempre atento a mi futuro profesional, esta vez, su idea era profundizar mis conocimientos de alemán. Después de haber gastado, sin resultado alguno, una pequeña fortuna en mis clases privadas de este idioma, pensó que pasar dos meses en Jena, en la casa de un amigo suyo —otro profesor de matemática—, no me dejaría otra alternativa que hablar con mis anfitriones en su propio idioma.

Pero a mí no me gustaban para nada las vacaciones "educativas". Un año antes, mi padre ya había roto mi corazón cuando, en vez de aceptar mi plan de especializarme en la secundaria en química y biología, me inscribió en una facultad de inglés. Pero hacerme perder el verano para aprender otro idioma y



con un profesor de matemática que nunca había visto me pareció la lisa y llana violación de mis derechos humanos. Era el año 1969, y yo, como todos los jóvenes de mi edad en Budapest, mi ciudad natal, soñaba sólo con salir con mi amiga preferida a una de las numerosas piletas junto al río Danubio, caminar por los senderos románticos de los bosques, en las lomas de Buda y, por supuesto, pasar por lo menos una semana con ella en la costa del Balaton, un gran lago que los húngaros llamamos "el mar" de nuestro país.

El padre propone, el hijo dispone: no pude evitar el viaje a Alemania, pero tenía todo preparado para mi resistencia pasiva. Llené mi valija con libros húngaros y llevé un cuaderno para anotar mis ideas y proyectos que eran, por supuesto, todos en húngaro. Sin proponérmelo, sin embargo, volví de mis vacaciones con un alemán muy fluido. Mi padre estaba feliz y orgulloso. Nunca supo que hubiera tenido que agradecerle a la hija de su amigo que yo cumpliera con sus objetivos. Mi planeada resistencia pasiva en Jena no pudo resistir la atracción de esta hermosa rubia de 16 años. Simplemente tuve que hablar con ella, y hablar lo más posible y de las cosas más bellas. En la segunda semana de mis vacaciones, empecé incluso a soñar en el idioma de Goethe. Ya hace mucho tiempo que olvidé cómo era la cara o el nombre de mi maestra. Nunca más volví a verla. Y pronto, las doce horas semanales de inglés, en la secundaria, borrarán buena parte del alemán que me había enseñado.

Sin embargo, me quedó un recuerdo intenso del episodio. Muchos años después, ya liberado del "dominio" de mi padre, llegué a reconocerle que tenía razón cuando insistía con los idiomas. Aun más, tuve que admitir que me gustaban las lenguas y la lingüística. En mis ratos libres, jugando, elaboraba para mí mismo una completa teoría sobre el tema. Y las imágenes de mi historia en Alemania me llevaron a un teorema, mi "teorema de Jena" sobre el aprendizaje de idiomas, que tenía dos partes:

1) Como en tantas otras áreas de la vida, las relaciones entre los sexos pueden tener un papel clave en el proceso de aprender.

2) La señal más confiable de que uno ya maneja un idioma es que sueña en ese idioma.

No fundé mi teorema en un solo precedente. Había acumulado otras pruebas: mi experiencia con el inglés (y mi maestra de inglés) y la manera en la cual absorbí el polaco. Estaba ciento por ciento seguro, entonces, de que mis leyes iban a acompañarme, como verdades básicas, para toda mi vida. Y fue así, durante veinte años, hasta que me tocó el castellano...

Bueno, la primera parte del "teorema de Jena" siguió intacta. La atracción por una mujer me había sumergido en el universo del castellano, pero, Dios mío, ¡qué lejos estaba de manejarlo aquella noche en que nació mi hijo y yo soñé en algo que, supuse, era español!

Ahí la segunda parte de mi famoso teorema se rompió para siempre. Y esto fue sólo el principio de la derrota

*Durante los primeros meses  
en la Argentina no tenía ningún trabajo.  
Era "amo de casa",  
el número oficial de Lotzy*

total de mi maravillosa teoría del conocimiento de idiomas. Claro que el tiempo trae algunos cambios: un año y medio después, en otra clínica porteña, tuvimos otro hijo, Lóránt, y ahí ya fue algo más fácil hablar en la sala de partos. De a poco, la Argentina empezaba a ser parte de mi presente.

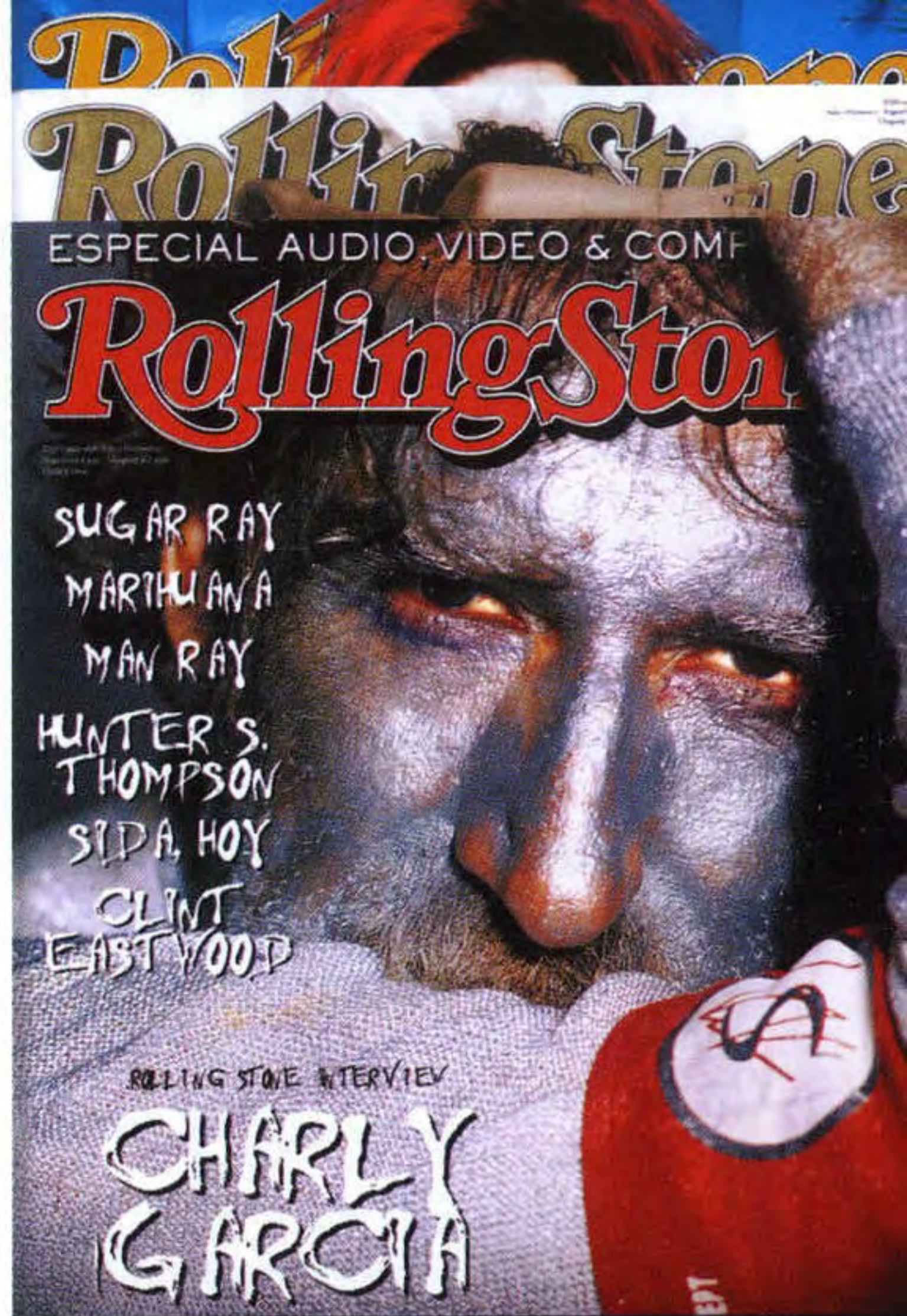
#### TODOS LOS HOMBRES

Junto a la costa del Danubio, en Budapest, es común ver largas escaleras de piedra de cien metros de ancho que



permiten bajar hasta el agua. Desde la primavera hasta fines del otoño, en las tardes los escalones se llenan de parejas, jóvenes y no tan jóvenes. Es común ver largas escaleras de piedra de cien metros de ancho que permiten bajar hasta el agua. Una vez, recién salidos de la secundaria, ahí estábamos sentados mi novia y yo. No podíamos disfrutar ni la hermosa vista de la ciudad desde el río, ni la armonía del amor. Estábamos concentrados en una discusión motivada por celos mutuos. "Vos querés probar a todos los hombres del mundo", atacó a la chica, que tenía su

cartera de escuela apoyada sobre las piernas. "No —contestó ella—, no puedo imaginarme metida con un extranjero. Me costaría el esfuerzo para entenderlo o hacerme entender. Eso no me gustaría." ¡Qué alivio! La respuesta excluyó de mi esfera de celos a los más o menos dos mil millones de hombres que vivían afuera de Hungría. Por mi parte, bueno, yo no hubiera proclamado semejante discriminación contra las mujeres que vivieran más allá de las fronteras. Pero es cierto que, en aquel momento, tampoco podía imaginar mantener una relación per-



SI NO SABÉS SI LEER  
UNA REVISTA DE CINE,  
O UNA DE MÚSICA,  
O UNA DE ACTUALIDAD  
ENTONCES YA SABÉS  
QUÉ REVISTA LEER.

LA REVISTA MÁS IMPORTANTE  
DE LA CULTURA JOVEN MUNDIAL  
www.abira.com.ar  
ROLLING STONE SUSCRIPCIONES, TEL.: 4514-407  
TODOS LOS MESES EN TU QUIOSCO.

Rolling Stone



### Extractos de una carta

del 10 de septiembre de 1995; la segunda a mi familia desde la Argentina

"Cuando llegamos de la clínica y Lotzy tomó la teta en casa por primera vez, fue como una confirmación: valió la pena hacerlo. Es hermoso, lleno de salud y fuerza, y muchas veces me parece como si estuviera mirando con inteligencia y atención, aun si sé que un bebé de su edad no puede ni enfocar los ojos. Es una felicidad verlo, tomarlo en las manos —no sólo para nosotros, sino para cualquier persona que viene a visitarnos—."

"Lo más increíble es que sonrío desde su tercer día. A veces, directamente ríe. Todo esto debe ser no más que un reflejo, pero, últimamente, tengo la impresión de que nos regala sonrisas personales también."

"Sólo llora por tres cosas: si tiene hambre, si llenó el pañal o si es difícil llenarlo. Tiene una costumbre graciosa: cada vez que le abrimos el pañal, prende su fuente, como un jet, al aire."

"En un mes, hemos acumulado un déficit de sueño para un año. Saben cómo me gusta dormir: por lo menos nueve horas diarias."

Ofrezco todo mi reconocimiento a los padres que tienen la

capacidad para ir a trabajar después de pasar sus noches con un bebé. Debe ser un estado terrible para el padre, ni hablar de la madre (y, en este último caso, lo peor es para el chiquito). Menos mal que, por ahora, no tengo ningún trabajo, porque si tuviese, no sé cómo podría cumplir. Necesité tres semanas sólo para escribir esta carta."

"Antes de que naciera Lotzy pensaba mucho: cómo voy a poder hablarle, si él no me dice nada. Pero cuando finalmente lo tuve en mis brazos, me surgieron las palabras espontáneamente, con naturalidad. Y me salieron en húngaro. Ya habíamos decidido antes con María que ella hablará con él en castellano y yo en húngaro. Pero cuando nació, no tuve que hacer un control consciente para hablarle en húngaro. Así como no hay duda de que nuestro idioma con María es el inglés, de la misma manera resultó completamente natural tener un mundo de dos en húngaro para Lotzy y para mí."



manente en un idioma extranjero y menos anticipar que la madre de mis hijos fuera de otro país.

Hoy en día, Lotzy tiene tres años y medio. Lóránt cumple dos en unas semanas. Y, salvo unas pocas palabras, su mamá no habla nada de húngaro. Según mi María argentina, "el húngaro no es un idioma: es una pesadilla". Tiene razón. Con todo mi sufrimiento con los tiempos de verbo y otros trucos gramáticos del castellano, tengo que admitir que mi lengua materna es mucho más difícil. Su estructura y vo-



cabulario, con oscuras raíces en Asia central, no tienen nada que ver con el español, alemán, francés o ruso. "Su pariente más cercano en Europa es el finlandés, pero aun ellos no son más parecidos que el alemán al italiano", leí el otro día en un guía turística sobre Hungría que abrí por curiosidad en una librería de la Recoleta.

Mi relación con María empezó en inglés. "Es la situación ideal. Estamos simétricos y en territorio neutral. Nos encontramos en un país que no es ni tuyo ni mío, usamos un idioma que no

pertenece a ninguno de los dos", comentó ella entonces. Pero pronto, con Lotzy en la panza, tuvimos que decidir qué ponían en el documento de nuestro hijo en el renglón que dice "Lugar de nacimiento". Y optamos por la Argentina, porque parir no es una actividad simétrica. Por lo menos, hasta ahora, lo hacen solamente las mujeres (y Arnold Schwarzenegger). Con María imaginamos cómo sería en Hungría, con ella quejándose en castellano, preguntando en inglés y yo traduciendo a los médicos húngaros y, después, a

mi familia. Estuvimos de acuerdo: no, por favor, esto no.

Así, aterrizamos en Buenos Aires. Y en la sala de parto, María se quejaba en castellano; después me traducía al inglés lo que le contestaba el médico para que yo también entendiera. Mi boca respondía con algún grito en inglés y, entre dos pujos, María traducía para que los médicos me entendieran a mí. La verdad, aun en su patria, María tuvo un trabajo de parto al menos tan intelectual como físico.

Cuando, en el mencionado día ventoso y nublado de junio de 1995 nuestro avión tocó tierra argentina, todo el futuro estaba muy abierto. Lotzy iba a nacer aquí. Pero ¿y después? Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que, en seis meses, nos fuéramos a Hungría. Finalmente, en seis meses nos establecimos. Me adapté, me sentí bien. Me ayudó mucho algo que hubiera sido imposible aun uno o dos años antes: una conexión de Internet que me dio contacto activo con el resto del mundo, principalmente con Hungría.

Nos quedamos.

Y esto significó que, paso a paso, empezara a incorporar el castellano.

Bueno, estos pasos fueron densos.

En los primeros meses no tenía ningún trabajo. Era "amo de casa", el niñoero oficial de Lotzy. Aun ahora, la mayor parte de mi trabajo llega por Internet. Mis fuentes principales de lengua castellana fueron, entonces, los diarios, la tele y mi suegra. Los amigos de María menos, porque casi todos ha-



*Me adapté, me sentí bien. Me ayudó mucho algo que hubiera sido imposible aun un par*

*de años antes: una conexión a Internet.*

blaban al menos algo de inglés. Esto me resultó tan cómodo...

Varias veces le pedí a María que me hablara en castellano, aunque yo tuviera que usar todas mis fuerzas para entenderla. "La mejor manera de aprender", insistí. Pero casi nunca me hizo caso. Era tanto más fácil decir todo en inglés. En inglés no tenía que perder tiempo con explicaciones. Todo quedaba claro inmediatamente. Ahora sé que era mejor así porque, a pesar de mis demandas, en las pocas ocasiones cuando María optó por el castellano, de golpe me sentí ofendido, traicionado. Me quejaba por dentro: "¿Por qué me está molestando con su español? Sabe que es tan difícil para mí. Nuestro idioma es el inglés".

Por suerte, en pleno Buenos Aires, el idioma se me pegó igual. En mi mapa lingüístico todavía quedan muchas manchas blancas, pero ahora llevo los chicos a la pediatra solo, escucho todos los consejos médicos en castellano, y no temo ser un padre irresponsable que maltrate la salud de sus hijos. Sin embargo, aun en mi cuarto año aquí, nuestro idioma con María sigue siendo el inglés. Muchas veces hablamos de cosas cotidianas —compras, arreglos en la casa— en su lengua materna. Pero si estamos cansados o si llegamos a un tema íntimo, pronto, espontáneamente, sin saber, cambiamos al inglés. Este es nuestro refugio, el territorio neutral, un sinónimo de igualdad, seguridad y cariño.

Un día, alrededor de los 16 años, mi padre —con su permanente aten-

ción puesta en mi carrera— me presentó a otro amigo suyo, esta vez ni alemán ni inglés, sino húngaro. Tenía una conexión extranjera. Este hombre era un ingeniero que vivía en Nueva York. Emigró, como decenas de miles de otros jóvenes, en 1956, cuando los líderes de la Unión Soviética decidieron utilizar un método muy didáctico para enseñar a los húngaros lo que la propaganda en los libros de texto y los diarios aparentemente no había logrado. Mandaron tanques para demostrar la supremacía del comunismo —en su versión— sobre el capitalismo.

Mi padre me presentó a su amigo "hunyankee" y esperaba que hiciéramos buenas migas y para siempre. Delante de sus ojos debía tener, seguro, la imagen de su hijo estudiando en los Estados Unidos. Pobre mi padre, tenía mala suerte conmigo. Su amigo, aun simpático, no me gustó. Y no me gustó porque el señor ingeniero hablaba en un húngaro raro. Buscaba las palabras, tenía acento y, en vez de "igen" y "nem" ("sí" y "no"), decía unos "yeah"-s y "no"-s bien neoyorquinos.

"Es un hipócrita, un americanófilo, un mono estadounidense", lo descalifiqué ante mi padre después del encuentro. "Vive con su mujer húngara. Está en correspondencia permanente con su familia. ¿Cómo puede ser que se olvide de su lengua materna? ¡Es que quiere aparecer como un mini Tío Sam!", sentenció.

Hoy en día, cumpliendo mi cuarto año en la Argentina, no recuerdo con tanta dureza a aquel emigrante. Uno de

los axiomas de mi teoría completa del idioma era que la lengua materna es algo tan básico y natural como el aire. Así como la respiración es una función instintiva, así también lo es hablar el idioma de nuestros padres.

Me equivoqué.

La inseguridad, la duda en el conocimiento —no del castellano, sino de mi propio húngaro— me llegó a no más de seis meses de mi aterrizaje en Ezeiza. Nunca (¿nunca?) olvidaré la sensación, esta combinación de miedo y revelación. Estaba escribiendo algo en húngaro en la computadora —tal vez una carta a mi familia— cuando, de golpe, me frené, mirando a la pantalla: "¿Esta forma será gramaticalmente correcta? ¿Se dice realmente así?" Me di cuenta de que no existía ningún diccionario para ayudarme. Ni podía llamar a un amigo para preguntarle —que, además, según mis estándares, hubiera sido una vergüenza—. Finalmente elegí otra frase. Una frase segura.

Puede ser que el idioma sea como el aire. Sin embargo, ahora creo que cada idioma representa una atmósfera diferente, otra composición de aires. Cuando se vive años en un país extranjero, te podés armar con libros, sitios de Internet, casetes. Podés llevar contigo, como un buzo, balones de tu aire nativo. Pero, aun si tu stock nunca se acaba, tomar aire de un balón nunca te da la libertad y la seguridad de la respiración natural. Parece que las lenguas también tienen su relatividad. Hay que mirarlas de afuera, desde un sistema de referencia externa, para entender su ver-



# DE UNA.

En menos tiempo, con menos trámites,  
el mejor seguro para su auto.

En nuestras sucursales, en 30 minutos. Por teléfono, en el acto. Usted nos da sus datos y su auto queda asegurado. De una, usted se lleva el mejor seguro con los mejores servicios. Con todo el respaldo y la solidez de La Caja, la Número Uno. La que siempre responde y paga. **Asegure su auto en nuestras sucursales o asegúrelo por teléfono llamando al 4857-8855**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

*Una gran compañía  
para la seguridad de la gente.*



dadera naturaleza y su verdadero valor.

No califico con tanta dureza al amigo de mi padre de Nueva York. Pero sigo sin entender a los emigrantes que no enseñan su lengua materna a sus hijos. "No hubiera tenido ningún sentido. ¿Para qué sirve el húngaro? Es un idioma inútil. El inglés sí, lo hablan miles de millones alrededor del globo", argumentó otro de mis compatriotas residente en los Estados Unidos. Para mí, la verdad, es justamente lo contrario. Un padre debe enseñar todo lo que sabe a sus hijos. Y no tiene el derecho de esconder una información tan rica como un idioma que encierra una tradición, una cultura y una manera de estructurar el mundo.

Desde que decidimos tener hijos con María, consideré como una obligación moral que los chicos hablaran húngaro y, por suerte, María siempre ha apoyado mi postura.

Aun si Lotzy y Lóránt llegan a tener sus hijos en la Argentina, quiero pasarles mis (y, entonces, sus) raíces, darles acceso a otro país, a otra cultura.

Pero cuando Lotzy nació, en poco tiempo también comprendí que enseñar el idioma a los chicos no es solamente una obligación: es una enorme responsabilidad. Un día me llamó desde Hungría mi madre. Lotzy ya tenía entonces tres años. Después de unos minutos de conversación, le pasé el teléfono. Charlaron un poco en húngaro. De pronto, mi hijo se detuvo y me devolvió el auricular. "¿Qué dijo Motshu?", me preguntó, llamándola por su sobrenombre familiar.

—¿Qué le dijiste?— le pregunté a mi madre.

Cuando ella me repitió su última oración, de inmediato me di cuenta de que la frase tenía una palabra que yo nunca había usado con Lotzy. Y esto me reveló que, aun cuando suene increíble, dentro de mí, inconscientemente, mantengo una base de datos de todas las palabras y formas gramaticales que enseñé a los chicos. Y esto también me mostró algo obvio: yo soy la única fuente de húngaro para Lotzy y Lóránt.

En Hungría, inevitablemente los chicos aprenden todas las maldiciones en dos segundos, como pasa acá, en castellano. Pero en la Argentina yo tengo el total control sobre sus vocabularios húngaros. Puedo evitar lo que no me guste o las formas incorrectas. Al mismo tiempo, sin embargo, yo y solo yo soy el responsable de que tengan un vocabulario amplio y una gramática correcta. Todo depende de mí. Es una situación casi surrealista: como si Hungría y el húngaro existiesen exclusivamente en mi fantasía. Así debe haberse sentido Tolkien cuando escribió la trilogía *El señor de los anillos*, una historia de culturas e idiomas inventados.

Cuando niño, admiraba las ciencias. A los datos duros pronto los complementé con amplias lecturas de ciencia ficción. Una vez mi madre me regaló un cuaderno forrado en azul, con una nave espacial plateada en la tapa. No dudé ni un momento en para qué usarlo. Sería para anotar mis proyectos

y experimentos secretos. Inspirado por mis novelas favoritas, dibujé en él un vehículo para explorar las profundidades de la Tierra. Parecía un híbrido entre un tanque y un taladro. También me acuerdo de un proyecto para aplicar campos magnéticos, de varias maneras, sobre la cabeza de unos pobres ratones de laboratorio y así ver el efecto del magnetismo sobre la memoria.

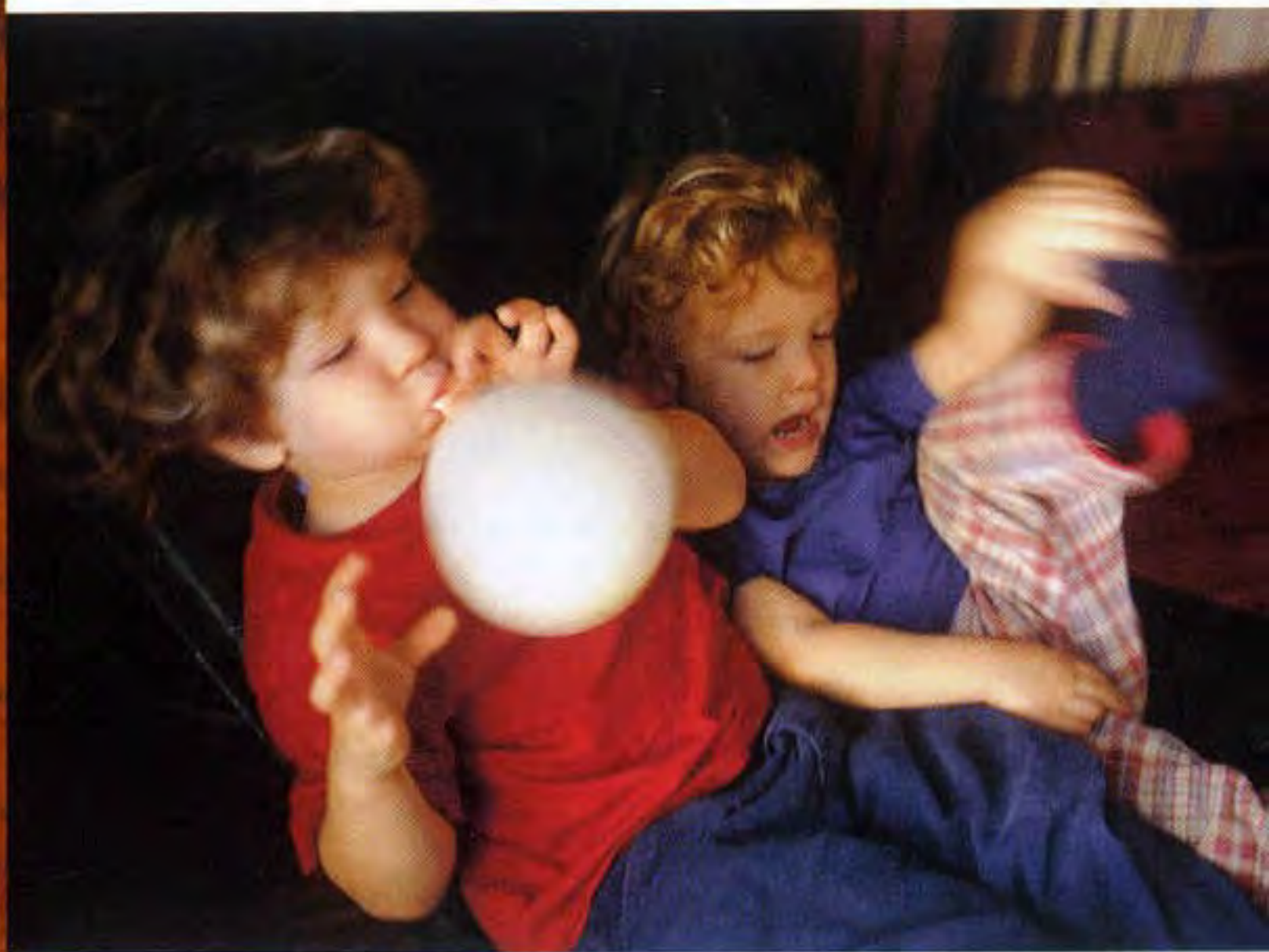
Pero la idea que más movilizó mi fantasía fue reproducir la evolución en una botella. No pensé en muchos requisitos, ni equipos costosos. Mi receta era



*Si el idioma es como el aire y yo mismo*

*no tengo*

*más húngaro que el que traje aquí en balones, ¿alcanzará para mis hijos?*



sencilla: "Tomamos una botella grande y la llenamos hasta la mitad con agua de lluvia. Cerramos herméticamente, y le damos una fuente de aire esterilizado. Así, sin sus enemigos naturales, las bacterias podrían desarrollarse en el agua tranquilamente. Las impulsamos con una descarga de electricidad y campos magnéticos y ¡listo! En unos años, aparecerían los dinosaurios". ¿Cómo iban a caber en este espacio tan limitado? No recuerdo qué me preocupara.

Treinta y cinco años y trece mil kilómetros después, observando cómo

evoluciona el húngaro de Lotzy y de Lóránt, me siento como si estuviera estudiando nuevamente la formación de los dinosaurios en mi botella de experimentos. Es igualmente increíble. Dos chicos reconstruyen el sistema complejo de un idioma, aislados completamente del tejido vivo de esta lengua, teniéndome sólo a mí, como fuente... esta fuente de aire esterilizado. Esto es algo que aún me maravilla y me sorprende.

Claro: para un padre en Hungría, que sus hijos hablen húngaro es la cosa

más trivial. Por eso, nunca había pensado que eso mismo podría brindarme los momentos más mágicos de la paternidad. Lotzy habla húngaro tan fluidamente como el castellano, e incluso sabe cuándo usa cuál. Charla perfectamente con "Nogipopo" (mi padre) o con "Motshu" (mi madre) por teléfono.

La oración más larga de Lóránt, el menor, todavía consiste en dos palabras, y si alguien no conoce su medialengua, le cuesta entenderlo. Pero más o menos la mitad de su vocabulario es en húngaro, y acaba de empezar a expresarse al-



*De adolescente, no podía imaginar una relación permanente en otro idioma y menos*

*que la madre de mis hijos fuera extranjera*

ternando los dos idiomas. Dice "más, más" y si no le damos más dulce de leche de inmediato, reclama repitiendo lo mismo en húngaro: "még, még".

Aun si nuestro idioma con María es el inglés, esto no se refiere a los chicos. No es que quisimos reservárnoslo como un lenguaje secreto. Pero pensamos que era mejor que los chicos aprendieran primero los idiomas de sus padres. Por eso, desde que nacieron, María siempre habla con los muchachos en castellano y yo en húngaro.

Suena fácil, ¿verdad? Bueno, con el castellano no hay ningún problema. Lo aprenden como cualquier otro chico. La lengua materna —el español de María— cuenta con el apoyo de todo el mundo alrededor.

Pero la lengua paterna...

Si el idioma es como el aire y yo mismo no tengo más húngaro que el que traje aquí en balones, ¿alcanzará para mis hijos? ¿Cómo es posible formar y mantener una isla pequeña, una isla con tres habitantes, en las olas del océano de la lengua española?

Ahora sé que esto requiere una atención especial, permanente. Una inundación puede arruinar años de trabajo. Hay que monitorear, reforzar los conocimientos de manera continua, como los diques en Holanda.

...Tengo un recuerdo muy claro de mi niñez.

Recién había aprendido a leer y escribir. Una mañana, miraba la calle desde la ventana de nuestro departa-

mento en un segundo piso de Budapest. Me divertía mucho. Estaba leyendo, letra por letra, los carteles y los nombres de los locales de enfrente. Además, por suerte, por la calle pasaban tres líneas de tranvías y yo, como en una lotería, trataba de adivinar, que número sería el próximo: ¿28, 37 o 38? Le comunicaba el resultado a mi abuelo, que estaba sentado en un sillón. Y, de golpe —probablemente por hablar, leer y pensar casi al mismo tiempo—, me llegó una revelación: "No importa si hablo, si leo o si pienso: las tres cosas consisten en lo mismo: palabras".

Ahora la cuestión es: ¿qué palabras? O: ¿palabras de qué idioma? Bueno, si leo o hablo, la lengua está determinada por el texto escrito o por el público que me está escuchando. Pero los pensamientos vuelan libremente. Hasta hace cinco años, mis palabras internas surgían en húngaro, como corresponde. Pero en los últimos meses me di cuenta de que ya no es así. El otro día estaba pensando qué decir a mi padre cuando lo llamara para felicitarlo por su cumpleaños. Noté azorado que estaba ensayando mis saludos en castellano.

Y cuando me preparaba para escribir una carta (electrónica, por supuesto) a un amigo en Hungría, en mi fantasía, le hablé en inglés. También me pasa unas veces, que empiezo a hablarle a María en húngaro. Y, en este momento, estoy escribiendo estas notas en castellano. "Pienso, luego existo", dijo Descartes. Esto implica que si

pienso de otra manera, soy una persona diferente. Si pienso en otro idioma, soy otro ser humano.

Y ahora, ¿quién soy yo?

Seguramente no la misma persona que llegó a Buenos Aires hace cuatro años...

Creo que fue en setiembre de 1995, tres meses después de nuestro aterrizaje en Ezeiza. Era una plácida mañana cuando tocaron el portero eléctrico. Era el cartero con una carta certificada para mí. Bajé a recibirla, tomé el sobre, le agradecí con un correcto "Gracias", que ya había aprendido, e iba a subir cuando el hombre sacó una hoja de papel de su cartera, apuntó a un rubro en la tabla. Me miró a los ojos —ya sabía que era extranjero— y dijo, bien articulado: "Firma y aclaración".

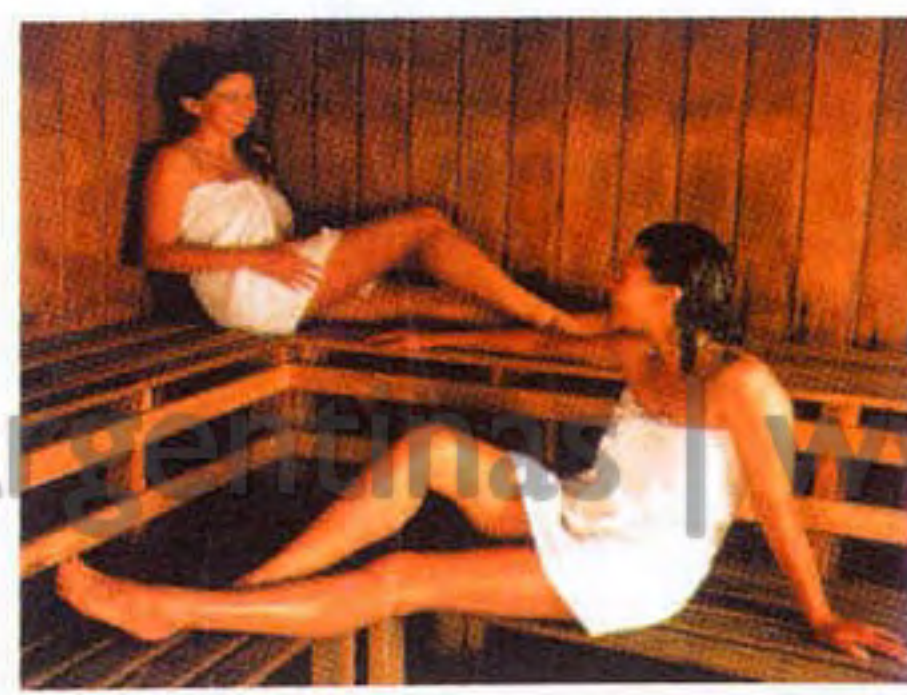
Vacilé un momento. ¿Que significaría esto? Ah, claro, hay que firmar al lado de nuestra dirección. Firmé e iba a subir al departamento. "Aclaración", repitió el hombre. Se veía que se le estaba acabando la paciencia. Lo miré desconcertado, con todos los signos de interrogación que pude juntar en mi mirada. "A-CLA-RACIÓN", insistió, casi gritando.

Creí entender qué quería. Tomé la birome y escribí en la hoja, con letra de imprenta, lo que me pedía: "A-CLA-RACIÓN". Tal vez eso soy yo ahora. Zoltán Aclaración. O Aclaración Mikolás. No como era mi nombre antes: Zoltán Mikolás ■

Esta nota fue escrita en castellano por el autor. Tiene algunas peculiaridades que se han mantenido ya que reflejan su manera de expresarse.

*Para ser dueño de la mejor manera de vacacionar, hágase dueño de RCT Club Vacacional.*

*(Incluye sol, mar, confort, recreación, spa y descanso)*

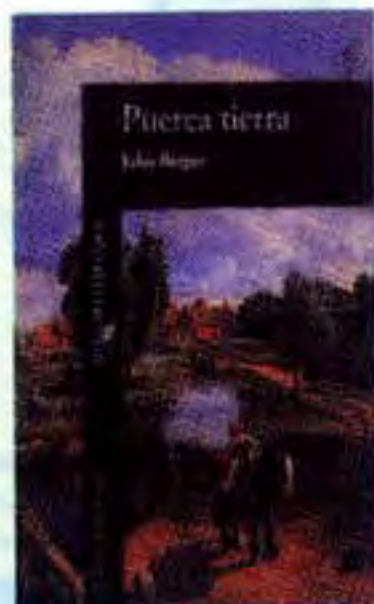


Ruta Provincial N° 11, Km. 25500 Chapadmalal, Mar del Plata. Informes: 4374 0852 / 0862



POR **Luis Gruss** Periodista y escritor, autor del libro de aguafuertes "Malos poetas". Porteño, nació en 1953.

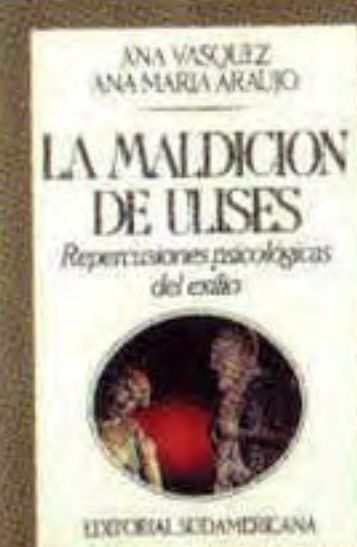
# LITERATURA



## PUERCA TIERRA John Berger

**LA RAZÓN DEL SOBREVIVIENTE.** Si acaso existe un otro absoluto en el mundo contemporáneo, ese es el campesino. John Berger —figura sin rival en la literatura inglesa de estos días— ha dedicado lo fundamental de su obra precisamente a defender el derecho a existir de una clase agropecuaria cuyo destino es por demás incierto. Y *Puerca tierra*, una de sus novelas fundamentales, es un canto de amor y reivindicación de esos pocos hombres que todavía hoy se niegan a emigrar al "mundo de la prosperidad", aunque no pueden prescindir de él, y cuyas enseñanzas son infinitas. Berger opina que estamos prácticamente al borde de la "eliminación histórica" del campesinado, un dato que parece confirmarse con la abrumadora ola migratoria hacia las grandes ciudades. Una vez instalados en ese espacio de presunto confort, los hombres de la tierra se sienten como Dersu Uzala, aquel legendario cazador de los bosques que de buenas a primeras fue trasplantado a una ciudad. No saben qué hacer con sus manos, no encuentran trabajo ni almas solidarias, no sienten ya las señales íntimas de la naturaleza. Apenas conviven con un estado social donde la crueldad y la indiferencia pasan a ser la regla. En la sociedad contemporánea se ha extendido la idea de que el campesino se opone al progreso, y que, por lo tanto, compone acaso sin saberlo una clase reaccionaria y conservadora. Berger demuestra que no es así —al menos esa es la opinión que expresa

claramente en el ensayo que sirve de epílogo a la novela—, pero no lo hace con discursos solemnes sino con sensibilidad y artes de brillante narrador. La historia de *Puerca tierra* transcurre en la granja, en los corrales, en los mataderos de vacas, en las húmedas vasijas de barro. En oposición a ese paisaje bello y brutal está el coqueto universo de la ciudad, las máquinas infalibles ("que acabarán con todos nosotros", advierte un personaje), los cobradores de impuestos, los vendedores de felicidad virtual. "Cuando llegas a la ciudad —dice alguien al promediar el relato— te das cuenta con asombro de que todo está fuera de tu control." En el caso del campesino, el contexto urbano hace que pierda la costumbre de estar manipulando cosas todo el tiempo. Por eso sus manos cuelgan inútiles de los brazos cansados. Todo lo que impacta al inmigrante en la ciudad es sólo una ilusión. Y finalmente acaba convirtiéndose en un extranjero para toda la vida. Los textos que componen el libro condensan buena parte de las conocidas virtudes de su autor: impresionismo literario, lirismo denso y bien plantado, compromiso abierto con aquellos cuyas existencias se han visto sepultadas por la denominada "prosperidad europea". Sobre el final Berger cita a un campesino según el cual la tierra tiene la virtud de señalar tanto a quienes valen como a quienes, a la hora de los hechos, no sirven para nada.



## LA MALDICIÓN DE ULISES Ana Vázquez Ana María Araujo

**ETERNOS EXTRANJEROS.** Previsiblemente exiliadas contra su voluntad, las autoras de este libro superan los límites de su situación personal para abordar el karma de cualquier extranjero por adopción, el dolor y aun la delicia de ser "otro" en un paisaje extraño. No por casualidad, como para entrar en tema, arrancan del mito griego de Ulises, aquel que luego de luchar contra todo tipo de contratiempos fabulosos o reales regresa al añorado reino de su Itaca natal. Allá lo esperan su mujer... y hasta su viejo perro. Ulises vuelve, claro, pero ya no es el mismo. Le cuesta reconocer su "aquí" y ya no sabe bien dónde quedó su "allá". Dicho en otras palabras, el desterrado —aun aquel que elige cambiar de escenario para vivir o sobrevivir en mejores condiciones— transcurre en el suspenso de una situación límite a la que no termina de acomodarse. La maldición de Ulises es la imposibilidad definitiva de retornar al lugar del cual alguna vez se partió. Porque —lo subrayan las autoras— así como nadie vuelve a bañarse dos veces en el mismo río (Heráclito dixit), tampoco el río baña dos veces al mismo hombre. Muchos inmigrantes suponen que su traslado es algo así como una vida entre paréntesis. Pero después se aprende que los paréntesis al final se borran y que sólo resta vivir, simplemente, como si el pasado y el futuro no contaran.



**EL ÚLTIMO SUSPIRO  
DEL MORO**  
Salman Rushdie

**UNA DOBLE LEALTAD.** El moro alumbrado por Rushdie carece de una patria claramente definida; se jacta de no pertenecer a ninguna comunidad, de habitar, en todo caso, un país en el que todos los ciudadanos deben una doble lealtad a un lugar, una fe, un indefinible estilo de vida. Hindúes, musulmanes, católicos, judíos conviven como pueden en el caldo de cultivo de Bombay. Es una sopa inmundada y maravillosa. Casi todo separa y enfrenta a esos seres diversos salvo —como irónicamente resalta el escritor— la unión momentánea “contra el preservativo, el diafragma o la píldora”. Tratando de huir de los prejuicios, el protagonista cruza los países de Oriente tratando de aprender sus signos, seguir los rastros, deletrear los idiomas más extraños, sentir olores y afrontar paisajes nunca vistos. El largo peregrinaje del moro por pantanos y castillos lo impulsa sobre el final a insistir en su meta inicial. Se ha propuesto concretar el sueño de confluir, prohijar un mundo que ponga fin a las fronteras y que deje caer los límites del propio yo. A partir del caos cultural de esa Babel universal el autor crea una metáfora sobre la decadencia del mundo contemporáneo. Judíos con apellidos árabes se cruzan en un punto con bárbaros y cristianos de cualquier color y catadura. En el medio de semejante urdimbre, el moro se decide a preservar su “identidad secreta”, es decir, su personalidad verdadera, indómita y amorosa. Y es a partir de estos elementos que Rushdie consigue armar un gran friso de almas convergentes que abarca, lo que no es poco, casi todo el largo y tortuoso siglo xx.



**MITTELEUROPA**  
Andrés Rivera

**ARGENTINOS EN PARÍS.** Los personajes de Rivera pisan varios témpanos a la vez. Deambulan por el espacio como si el tiempo no hubiese pasado. Los relatos de este libro —concisos, duros, desolados— transcurren por una geografía ambivalente, la de una Europa revolucionaria, lejana y mítica, la de una Argentina sombría y melancólica. En *Tránsitos*, uno de los cuentos más intensos del libro, se hace foco, como al pasar, en los argentinos que viven en París (más de diez mil, según las estadísticas). Hombres que coleccionan paquetes de yerba, pasajeros del invierno que alimentan a un Gardel inabarcable, lectores de Cortázar, combatientes cansados y malhumorados. El protagonista, incurable porteño trasplantado de pronto a los Campos Elíseos, va transitando entre recuerdos de tiempos más ardientes, al tiempo que compra queso en la Avenue Victor Hugo y pide café en L'Argentine. Poemas de Lord Byron, impresiones de inviernos y veranos a destiempo, escenas protagonizadas por las brigadas internacionales y el front populaire van jalando los pasos y la memoria del hombre sin lugar. Por contraposición, otros relatos de *Mitteleuropa* presentan a los inmigrantes europeos que traen el sueño de la revolución a la Argentina. Pero ya sea en París o en Villa Crespo, la misma incredulidad, el mismo sentimiento de derrota parece envolverlos a todos. El autor los mira con piedad y lucidez, casi como si se mirara a sí mismo.



**EXTRAÑOS  
EN EL PARAÍSO**  
Antonio Tello

**LA COMUNIDAD ANÓNIMA.** La palabra patria, que en latín significa tierra de los padres, evoca aun bajo el signo de la globalización un sinfín de vínculos territoriales, históricos, culturales, religiosos y jurídicos. El ensayista hispano-argentino Antonio Tello indaga en esa noción, como también en la de identidad nacional, para desmontar a su modo las falacias del racismo y la exclusión. “Ser extranjeros —subraya— nos hace universales.” Ser inmigrantes, desterrados “y otras gentes de extranjera condición”, por lo mismo, es también una nueva identidad a considerar. Es también una forma superior de cultura que sólo puede prosperar a partir de “asomarse a la multiplicidad de los seres” e intentar descubrir su esencia secreta. Partiendo de esta convicción, el autor supone que ser foráneo es algo así como “vencer el tiempo en el tiempo” y reconocer en el mundo el verdadero hogar, la patria, la tierra de los padres. Tello sugiere que sólo cuando el desterrado logra superar las fronteras de lo que podría calificarse como “identidad provincial” es cuando descubre que no está solo, que puede reconocerse en los otros y crecer como individuo. Nadie presta más atención a las almas y las cosas que el recién llegado. Y sin negar los traumas, los evidentes problemas prácticos que plantea toda situación de extranjería, hay que admitir, una vez más, el valor de la diferencia, todo lo positivo y enriquecedor que encierra el hecho de no pertenecer a una cultura determinada. La comunidad “anónima”, en fin, es curiosamente rescatada por el autor casi como si se tratara de una nueva patria en gestación.

# CINE VIDEO

## INMIGRACIÓN, EXILIO Y DESARRAIGO.

Un documental franco-argentino registra las corrientes inmigratorias de fin de siglo. Una "tanguedia" de Pino Solanas recorre una geografía quebrada entre Buenos Aires y París durante los años de plomo. Una familia argentina, exiliada en España, vuelve al país, pero no a Buenos Aires donde se sienten extraños. Es la apuesta de Aristarain. Tres miradas que dibujan una geografía de idas y venidas.

### 1. ALLER SIMPLE / PASAJE DE IDA Francia-Argentina [1995]

**Dirección:** Noel Burch y Nadine Fisher

Fotos, textos, noticieros de la época, filmes mudos y sonoros arman la peripecia de tres familias de inmigrantes llegadas a la Argentina desde España, Italia y Francia. Entre cartas que van y vienen, cargadas de nostalgia, anhelos y fracasos, el país crece desde la Campaña al desierto hasta el peronismo, sin olvidar el dominio inglés (el ferrocarril, los frigoríficos), la Semana Trágica y las luchas sindicales.



### 2. TANGOS / EL EXILIO DE GARDEL Argentina-Francia [1985]

**Dirección:** F. Solanas.

París, 1980. Juan Dos, argentino, exiliado en Francia durante los años bravos, prepara un musical con Juan Uno, que se quedó en Buenos Aires. La obra no acaba de armarse, porque los creadores están desarticulados a uno y otro lado

del océano. Los franceses no terminan de entender de qué trata esa propuesta. La colonia argentina sobrevive a los ponchazos. En tiempo de tango, Solanas habla del obligado destierro, de amores y soledades.



### 3. UN LUGAR EN EL MUNDO Argentina [1991]

**Dirección:** A. Aristarain

Un maestro argentino, su mujer médica y el hijo de 12 años, vuelven al país tras años de permanencia en España. Se sienten turistas y ajenos en Buenos Aires y deciden asentarse en San Luis. Allí conocen a una monja progresista y a un geólogo español, contratado por una multinacional. Juntos, apoyan a los productores ovejeros y enfrentan el despotismo del hombre fuerte del lugar. Todo está contado desde la mirada del hijo que vuelve al lugar muchos años más tarde. Todavía no ha encontrado su lugar en el mundo, pero sabe que la dignidad no se negocia.



### COSAS QUE DEJÉ EN LA HABANA M. Gutiérrez Aragón [1998]

Cubanos en Madrid. Recién llegados de la isla y con problemas. Tres hermanas jóvenes van a parar a la casa de una tía que tiene un taller de costura y las explota de la mañana a la noche. Un matrimonio cargado de chicos no ve la hora de que le consigan la documentación necesaria para volar a Miami. No todo es fácil cuando los papeles no están en regla. Un cubano vivaracho, desde hace tiempo residente en Madrid, puede solucionar las cosas por un dinerito. Cuando las papas quemen, se hará mantener un tiempo por alguna española entusiasmada por la sangre caribeña. Las hermanitas se han enterado ya que la solidaridad entre compatriotas brilla por su ausencia. Las chicas parecen abandonadas a su suerte. Nena, la menor, la más rebelde se integra a un grupo de teatro que conocía en la isla, pero el director está dispuesto a pactar con lo que venga para sobrevivir. Una cosa está clara: nadie quiere volver a Cuba. Una de las chicas elige un matrimonio de conveniencia. Nena, en cambio, apuesta a los amores difíciles y a las situaciones de riesgo. Comedia agrídulce sobre el tema siempre polémico del exilio, no fue estrenada oficialmente en Cuba (aunque circulan copias en VHS) y el planteo no cayó nada bien a los cubanos de Miami, que la consideran procastrista. Los personajes dicen no soportar su geografía, pero el Viejo Mundo no los aguarda con los brazos abiertos. Muchos sueños se hacen trizas. Comedia sentimental sin héroes ni villanos: apenas con un puñado de criaturas que pelean su espacio sin pensar en la vuelta.





**2001,  
UNA ODISEA ESPACIAL**  
Stanley Kubrick  
[1968]

El hombre abandona la Tierra y se lanza a la conquista espacial. Apenas comenzado el siglo XXI, los astronautas se mueven como los primitivos pioneros. En la estación lunar ha ocurrido algo extraño. Un grupo de investigación se topa con un misterioso monolito. El descubrimiento será fatal. No queda uno vivo. Dos años más tarde, los astronautas Bowman y Poole viajan rumbo a Júpiter en una nave comandada por la computadora HAL 9000. En determinado momento, la computadora parece enloquecer. Mata a uno de los astronautas y obliga al otro a desconectarla. Solo, Bowman, en plena emergencia, decide abandonar la nave y seguir viaje en una cápsula espacial. Llega al límite de la galaxia y lo trasciende. Viaja en el tiempo y en el espacio. No sabe ya dónde está. Bowman es el primer hombre que recorre esa ruta, y tal vez el último. De pronto, el viaje ha terminado. Bowman sale de la cápsula y desemboca en una habitación de blanca hiriente, con muebles de 1700. Se ve a sí mismo ya anciano, sentado a una mesa, comiendo en silencio. Todo tiene un aire irreal, de cuidadosa puesta en escena, o de pesadilla. Ese Bowman centenario se levanta con esfuerzo. Enseguida lo vemos en la cama, aún más viejo, a punto de morir. Frente a él, el monolito. Las últimas imágenes muestran a una criatura por nacer girando en el espacio. Quizá se trate de Bowman que vuelve a la Tierra para recomenzarlo todo. No lo sabemos. Kubrick, basándose en la novela de Arthur C. Clarke, dibuja una epopeya desde la prehistoria hacia un futuro que es puro enigma.



**EL INQUILINO**  
Roman Polanski  
[1976]

Algun periodista malévolo opinó en su momento que no era casual la elección de Polanski cuando decidió llevar al cine "El quimérico inquilino", un inquietante texto de Roland Topor. La trama ofrecía puntos de contacto con la realidad. Por esos días Polanski, con una condena en los Estados Unidos por presunto abuso de menores, acababa de solicitar la ciudadanía francesa y vivía acosado por la prensa y los fotógrafos. No sabía que nunca más podría poner un pie en los EE.UU. La historia del filme —protagonizado por el propio director— se ocupa de un tímido inmigrante polaco, Trelkowski, recién llegado a París. Empleado en un banco, al alquilar un viejo departamento ingresa en una pesadilla de las que no se vuelve. En ese mismo piso se suicidó una mujer, tiempo atrás, tirándose por el balcón. A poco de instalarse, el hombrecito siente que los vecinos, la portera y el dueño de la casa lo vigilan. En el bar de enfrente le sirven el mismo desayuno que pedía la muerta y le venden los mismos cigarrillos. Todos lo miran como a un bicho raro, como si estuviera en falta y tuviera que dar explicaciones. De a poco, la paranoia hace estragos. Comienza a identificarse con la suicida, y lo asalta la tentación de repetir el gesto de la desconocida ante el balcón. El filme avanza por una cornisa finísima que separa apenas la obsesión de la conjura. Nunca sabremos si se trata de una trampa fatal o si sus propios miedos, su inseguridad en un medio ajeno, lo arrastran hacia la tragedia.



**EL PADRINO  
TRILOGÍA**  
Francis Ford Coppola  
[1972-1990]

Sobre texto de Mario Puzo, Francis Ford Coppola construye una saga de tres títulos en torno de la familia Corleone, su transculturación de Italia a América, el operar mafioso como escudo frente a una sociedad que no acaba de aceptarlos, la lucha por el poder y la necesidad de "blanquearse" en la segunda y tercera generaciones para integrarse sin culpa en el contexto americano. Vito Andolini llega a América a los 11 años. Viaja en un barco cargado de inmigrantes, en tercera clase, no sabe inglés, no tiene un centavo. Huye de un capomafia que ha matado a su madre y a su hermano, en Sicilia. En la aduana no entienden su nombre y lo inscriben como Vito Corleone. En pocos años, se hace fuerte en la Pequeña Italia neoyorquina. Para lograrlo, mata al jefe de la Mano Negra y dispensa favores y protección a la gente de la zona (pero sólo trata con sicilianos). Terminada la Segunda Guerra maneja un imperio. Pero se desata otra guerra entre las familias mafiosas. Sufre un atentado. Matan a Sonny, su hijo mayor, el heredero de la organización, y se ve obligado a delegar el mando en el menor, Michael, a quien reservaba para destinos más nobles. Este, a la muerte de su padre, acrecienta el poder con mano de hierro. Transa con amigos y enemigos y deja un tendal de cadáveres. La vuelta a Sicilia se impone a veces como seguro refugio, otras, para saldar viejas cuentas. Pero el poder y la riqueza están en América. El nuevo padrino procura convertirse en ciudadano respetable. Negocia con los políticos de turno y con el Vaticano. Es tarde. Nadie tiene las manos limpias. Sicilia será su tumba.



POR **Héctor Tizón** Escritor y abogado jujeño. Su última novela es "Extraño y pálido fulgor"

FOTOS **Guadalupe Miles y Oscar Elías**

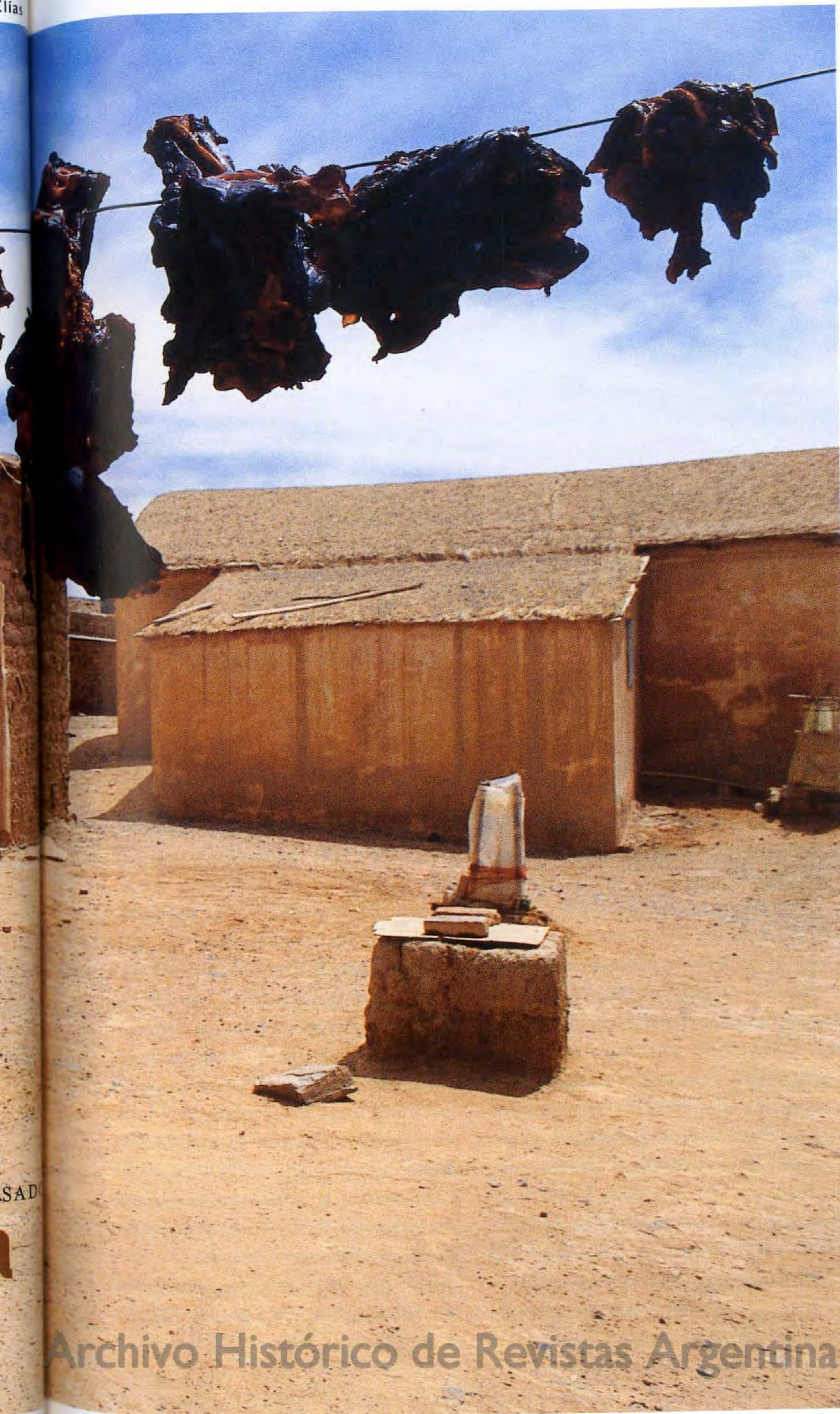


# Los expulsados

EL NOROESTE MESTIZO QUEDÓ AFUERA DEL PAÍS DISEÑADO A FINES DEL SIGLO PASADO

# de la Argentina europea

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



*Es extraño, yo a veces  
me siento extranjero en  
este país, porque  
no tengo sangre italiana.*

JORGE LUIS BORGES

Recuerdo a la señora doña Mercedes, una anciana pulcra, de modales amables y casi centenaria de edad, caminando lentamente pero erguida y sin apoyos, en el gran patio embaldosado de su casa, en San Salvador de Jujuy, demolida no hace mucho tiempo para construir un adefesio edilicio de muchos pisos. Ella fue la última sobreviviente de alguien que había sido comandante de las brigadas gauchas, auxiliares del Ejército del Norte en la guerra de la Independencia.

Doña Mercedes hacía cuatro años que había enviudado y vivió rodeada de criados, gente de servicio, sin hijos y, una década antes de morir, decidió usar tampones de algodón en los oídos para no escuchar aquello que se hablaba en el mundo exterior, un mundo que ya no comprendía ni le importaba y, además, sobrepoblado de "forasteros y de turcos", como ella decía, teniendo por tales a los emigrantes de cualquier

origen que no fuesen de lengua castellana. Aquella anciana no es que quisiese mal a los extranjeros que habían llegado a afincarse, sino que, simplemente a su edad, le resultaban del todo ajenos e incomprensibles.

Buenos Aires fue en sus orígenes un pobre conglomerado, enriquecido después con el aporte babélico. No sucedió fenómeno semejante en las provincias del noroeste, aquellas llamadas históricas y, sobre todo, antes de la llegada del ferrocarril. Sobre este fenómeno ya se quejaba el ensayista conservador José Manuel Estrada a fines del siglo pasado, prematuramente quizá, pero con acertada previsión cuando decía que, si no se previenen males futuros, no estaría lejano el día en que Buenos Aires contrapese al resto de la Nación, y en que la ciudad capital iguale o sobrepase al resto de las provincias. Nos amenaza la "apoplejía", conjeturaba con acierto, y ese desequilibrio de población aparejaría a la brevedad un desparejo o inarmónico peso político, puesto que éste está proporcionado a la gravitación poblacional.

Alguna opinión ligera pero casi unánime daba por seguro —al menos hasta hace poco— que América latina desde el sur comienza en Córdoba; otros pensadores de similar envergadura más bien dicen que tal aserto sólo es válido desde Santiago del Estero "para arriba". Esta afirmación partía de la premisa de que los argentinos, gentilicio usado siempre para y por los porteños de Buenos Aires, son todos europeos, hipótesis sostenida no solamente por pensadores apresurados o esquemáticos sino por el propio Borges, que llegó a decir que "los argentinos éramos (somos) europeos de segunda"; y de este modo Buenos Aires

no sería sino una avanzada del progreso, en el sentido de Comte —el padre de la sociología— pero también del escritor europeo Joseph Conrad, sobre la vastedad bárbara, sobre una especie de calamidad latinoamericana marginada del progreso orgánico. Tesis constante en el razonamiento de los formadores de nuestra nacionalidad, de abolengo sarmientino y alberdiano.

Pero aquel arquetipo inmutable, que nos condenaba —a los argentinos todos— a pagar por un pecado original ignoto e impreciso no resistió el embate, primero de los cabecitas negras, atraídos por la más bien ilusoria o casi efímera industrialización inmediata al fin de la Segunda Guerra Mundial y después, ahora, por el fenómeno de la globalización, que no respeta pelos ni señales, color de piel ni preferencias geográficas y cuyos componentes son escasos ricos muy ricos e innumerables pobres y excluidos. Lo demás: el gringo, el sainete, el cocoliche y los anarquistas que confundían los principios con la honra resultan cosas pintorescas del pasado.

El inmigrante europeo, o no proveniente de los países vecinos —sobre todo de Bolivia— se concentró en sí mismo, con mucha dificultad para arraigarse, al principio, cuando vivía tironeado entre dos mundos: el que había dejado para siempre en la mayoría de los casos, y esta tierra vasta y fértil, con escasa densidad de población y centros de economía poco desarrollados. Esto de inmediato lo vio Sarmiento, cuando sostuvo que el emigrado en la América del sur, viviendo entre dos existencias no ha gozado de la una ni puede gozar de la otra, sin ser ciudadano de ninguna de las dos patrias, infiel a ambas, extranjero en todas partes, sin llenar los deberes que

la una o la otra imponen a los que nacen y residen en ella.

Sin duda, la penetración de la masa inmigratoria ha sido diferente en Buenos Aires respecto del resto del país y, sobre todo, de las provincias del noroeste. Prominentes argentinos, tan distintos entre sí como Martínez Estrada y Roca, afirmaron lo mismo respecto de este fenómeno. El último llamó "provincia de extranjeros" a Buenos Aires y, al observar el Hotel de Inmigrantes, se preguntó: "¿Qué va a pasar cuando los hijos de esta gente quieran gobernar el país?" Martínez Estrada observó que la ciudad —o sea Buenos Aires, que lo era por antonomasia— iba creciendo en rivalidad con la República.

La corriente inmigratoria, casi detenida durante la tiranía de Rosas, retoma su auge y se incrementa después de Caseros, lo que hace decir a Sarmiento, ya en 1852 que, "En Buenos Aires sucede una cosa original. Los nacionales son cientos y los extranjeros mil; la plebe es vasca y en mayor número, con los españoles e italianos, que los criollos... Los extranjeros aumentan día a día por la inmigración y seguridad del trabajo". Julio M. Aguirre, en una publicación de la Universidad de Tucumán recuerda que, en 1854, se coloca la piedra fundamental del Hospital Italiano, y un año después, en 1855, en Paraná, ingleses, franceses e italianos celebran la toma de Sebastopol, en la guerra de Crimea. Por ahí alguien afirma —dice el estudioso— que como consecuencia de dicha guerra el gaucho se convirtió en paisano, al trocar el chiripá tradicional con la bombacha que había sido copiada a los turcos para la eventualidad bélica.

Sarmiento decía que "en Buenos Aires se opera la transformación del

DOÑA MERCEDES DECIDIÓ USAR TAMPONES DE ALGODÓN PARA NO ESCUCHAR LO QUE SE HABLABA EN EL MUNDO

inmigrante oscuro, encorvado al llegar, vestido de labriego o peor, y azorado de verse en grandes ciudades; primero en hombre que siente su valor, después en francés, italiano, español, según su procedencia; enseguida en extranjero, con un título y una dignidad, y al fin, en un ser superior a todo lo que le rodea, de labriego que comenzó". Estrada, tal vez teniendo en cuenta este aserto, volvía a provocar alarma preguntándose si la inmigración gobernará o será gobernada, y, si se daba lo primero, "añadirá a los elementos activos y actuales de perturbación la rivalidad de razas, fermento

de constante anarquía y de antagonismos irreductibles; y (aun concedido el supuesto alberdiano), los que somos y queremos continuar siendo argentinos, alcanzaremos la suspirada libertad como el caballo de la fábula que llamó en su auxilio al hombre, alcanzó al ciervo, pero se quedó con el jinete sobre los hombros". En esta concepción —sin duda de buena fe— está sin embargo la raíz del morbo de xenofobia que asoló en varias oportunidades de nuestra historia y que ha vuelto a mostrar su despreciable rostro en los días del menemato neconservador.



"Aquella situación era explicable, porque el inmigrante comenzó a crear una economía en la que él predominaba, y quebraba con ella el sistema de vida —como dice José Luis Romero— en el que la masa criolla podía conservar su humilde dignidad y el modesto goce de su espontánea vida espiritual. Pero, puestas en contacto las dos formas de vida económica, la derrota era inevitable para la tradicional, y el triunfo seguro para la nueva; de modo que fue despertando cierta hostilidad, que el criollo ponía de manifiesto en el sordo menosprecio con que llamaba gringo al inmigrante; porque, en efecto, el inmigrante desplazaba al criollo y creaba un nivel de eficacia económica que situaba a este último en una posición inferior en lo económico, y, muy pronto, en lo social".

Las hermanas —que aquí llamaremos Angélica y María, puesto que, muy longevas, aún viven en Yavi— se negaron durante toda su vida a ir a La Quiaca, distante no más de tres leguas. Cuando les pregunté por qué, dijeron que La Quiaca era un lugar de perdición. No condenaban el prostíbulo, que llegó a ser famoso cuando el ferrocarril alcanzó la frontera —"porque las ramerías nunca fueron réprobas a los ojos del Señor"—, sino a los extranjeros de barbas ensortijadas, a quienes no les importaba otra cosa que juntar dinero y "hablar en jerigonza, seguramente blasfemias y obscenidades".

Yavi, asiento del marquesado, con su esplendorosa iglesia y su notable biblioteca, de la cual he hablado ya en otra crónica, vegeta en una dulce, nostálgica y apacible moribundia, mientras La Quiaca pavimenta sus calles, crea colegios secundarios y es célebre asiento de contrabandistas y gendarmes.

## II

*De consiguiente vendrán  
a levantar poblaciones  
gentes de todas naciones  
que sus familias trairán,  
y se desparramarán  
por los campos y ciudades*

.....

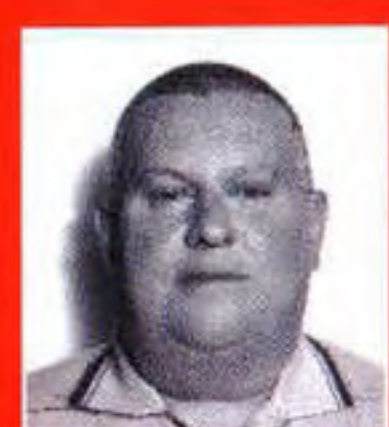
*dentro de poco no habrá  
desiertos ni soledades.*

Esta cita del poeta gauchesco Hilario Ascasubi viene a cuento aquí por dos razones: primero porque su vaticinio se ha cumplido, pero en despareja forma, ya que aún en este país hay desiertos y soledades; y segundo porque el gesto y el ademán xenófobos, en nuestra literatura, se pusieron de manifiesto primeramente en la llamada poesía gauchesca.

El *Martín Fierro*, autoproclamado "poema nacional", abunda en ejemplos de ese mezquino sentimiento que enfrenta al gaucho con el inmigrante y sin que el mismo se pueda disimular o disfrazar de sensatez, previsión o refugiarse en el mero "chiste"; recuérdese de la mofa que se hace del gringo, y su desprecio porque éste pretende montar por la derecha de la cabalgadura, como si existiese un principio sacralizado o un dogma que imponga que se debe montar por el contrario; o el franco desprecio de quien se toma por payaso: "Allí un gringo con un órgano / y una mona que bailaba / haciéndonos reír estaba / cuando le tocó el arreo / Tan grande el gringo y tan feo / ¡lo viera cómo lloraba!".

En esto no existe broma o sentido del humor loable, sino simple desprecio o resentimiento xenófobo, como





"I FEEL GOOD" interpretado por Pedro Biasi.

...cento seeeis... acá está. La encontré. 106.7. Y acá, en Nostalgie, también encuentro una música increíble. Esa con la que me identifico porque me despierta cosas, me divierte; me llena de emociones. Y todo lo que me llena me encanta (ya me vio en la foto carnet de arriba) y si me encanta, me hace sentir bien. Ponés la radio y te encendés vos.

**NOSTALGIE**

**106.7 FM BUENOS AIRES**



UN POETA, AL LLEGAR A JUJUY, DIJO: "POR PRIMERA VEZ SIENTO QUE NO ESTOY EN LA PATRIA"



cuando agrega: "Era un gringo tan bozal / que nada se le entendía / ¡Quién sabe de ande sería! / Tal vez no juera cristiano, / pues lo único que decía / es que era pa-po-li-tano".

El propio autor del poema trató de explicar aquel sentimiento, pero sus argumentos resultan indigentes y, en buena medida, falsos: "La inmigración sin capital y sin trabajo —decía— es un elemento de desorden, de desquicio y de atraso... Mientras persistan los sistemas viciosos que nos hemos dado, mientras subsista el desequilibrio entre la población y la riqueza; mientras no se abra un ancho campo de avidez de las

especulaciones individuales, la inmigración que afluye a nuestras playas se encontrará sin dirección y sin rumbo; será una inmigración extraña siempre a nuestra suerte, egoísta e inestable...".

Similar sentimiento frente a lo extranjero se reflejará en un típico representante de la oligarquía liberal del fin de siglo pasado, como Lucio V. López, cuando en su novela *La gran aldea* escribe: "Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado a la tienda porteña de aquella época... ¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! Cuán lejos están los tenderos fran-



ceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia”.

Tampoco el intelectual del siglo pasado Juan María Gutiérrez describe al inmigrante con amistad y ni siquiera con condescendencia; lo llamaba “hombre-hormiga”, evidentemente por su laboriosidad sin tregua, y decía de él que no tenía amigos: “Su amigo es el peso; sus enemigos son sus semejantes, los otros hombres-hormiga. El hombre-hormiga no tiene consistencia ni moral, ni patriotismo; hipocresía, sí. Apenas habrá otro más inútil y perjudicial a la sociedad, si se exceptúa el pulpero genovés”.

### III

*No se puede reemplazar  
los nativos  
no nacidos por los  
inmigrantes...*

ΑΒΕΡΔΙ ΚΑΙ ΚΑΡΟΛΙΝ

Sarmiento, como siempre, veía descarnada y acertadamente mucho más allá que la distancia de las narices de los demás. Veía lo despoblado del país, desde el estrecho de Magallanes hasta más allá del Chaco. En el interior —dijo— hay una población reducida en número y nula en cuanto a capacidad industrial, porque no ha heredado de sus padres ni las artes mecánicas ni las máquinas que las auxilian, ni el conocimiento de las ciencias que las dirigen y varían.

Y otra vez Alberdi coincidía con aquel que fuera su rival encarnizado: “¡Abramos las puertas, que Europa nos penetre por todos lados!” Puesto que

el terreno era la peste de América, había que poblarlo, llenarlo y con el aporte extranjero porque, además, “el hombre de la tierra está aquejado de ineptitud de raza para la libertad y la industria”. Por eso en las *Bases* propuso suplantar los nativos por los anglosajones que creía identificados “con el vapor, el comercio y la libertad”.

En el interior del país —esas crueles provincias— algunos de sus gobernantes, en los hechos, apoyaron aquellas ideas de los fundadores; otros sólo en los discursos, y los más guardaron una torva actitud, una resistencia pasiva y orgullosa. Entre los primeros se cuenta el general Arenales, que ya en el año 1825 dicta un decreto invitando a extranjeros a radicarse en Salta. Bien es cierto que marcaba una efectiva preferencia por una inmigración calificada, ya que en el artículo primero de aquel decreto —referido a la actividad minera— expresaba que “todos los habitantes del globo (sic) que emplearen su capital e industria en la provincia, gozarán de la plena protección del gobierno. La seguridad de sus personas, la inviolabilidad de sus propiedades y la libertad de opinión están aseguradas por las leyes, en iguales términos que para los nativos”.

Mr. Temple, un vagabundo inglés que por la época llegó a esta provincia, en su pintoresco libro *Travels in various parts of Peru, Cordoba, Tucuman, Salta and Jujuy*, encomió la medida, aunque opinando que, antes que la minera, la actividad propicia a la inmigración es la de la agricultura y ganadería, no obstante lo cual, en sus curiosas crónicas exhorta a sus paisanos y los anima a cruzar el Atlántico y dirigirse a estas provincias con estas palabras: “¿Cuántas cabezas de familia hay en Inglaterra, de buena cuna, además, que viven con

dificultad y necesidades, con capitales de cinco y seis mil libras esterlinas? Menciono estas sumas, simplemente porque cualquiera de ellas es suficiente en las provincias de Córdoba, Tucumán o Salta, para obtener tranquilidad, comodidades e independencia; en una palabra, ampliamente suficiente para dispensar a su poseedor todas las suntuosidades que un suelo fértil y un hermoso clima pueden proporcionar”.

El fenómeno de la inmigración en estas provincias no fue ni semejante ni contemporáneo al de Buenos Aires y el Litoral, a punto tal que a la vista de estas ciudades semidormidas en su molición, el poeta Enrique Banchs, al llegar a Jujuy, observó que “por primera vez, no siento estar en la Patria”.

La acción y prédica de la Iglesia Católica, la organización del trabajo durante la conquista y la colonia hicieron de los habitantes del vasto territorio una masa sumisa, integrada sin otra perspectiva a la estructura socioeconómica y cultural que siguió mucho después de la independencia y organización del país.

Durante la colonia, los libros fueron rígidamente prohibidos por la Santa Inquisición y, cuenta el mismo viajero Mr. Temple, que “la lectura, por consiguiente, estaba fuera de uso; ni siquiera he encontrado un solo libro en la casa de ningún particular, desde que dejé Buenos Aires. Sin embargo —agrega el inglés—, la joven generación en toda Sud América tiene ventajas que sus padres no tuvieron. Una educación liberal es ahora no sólo permitida, sino impartida a todas las clases, donde hay medios para hacerlo”.

El inmigrante, hormiga laboriosa, no necesariamente sumisa, comenzó a prosperar y su empuje le abrió paso,



#### SARMIENTO DECÍA QUE EL INTERIOR TENÍA UNA POBLACIÓN CON NULA CAPACIDAD INDUSTRIAL

más pronto que tarde, hacia el ascenso social. Esto repercutió sobre la clase dominante, poseedora de la tierra, pero que seguía y siguió conservándola y explotándola bajo formas primitivas e ineficientes que no rentaban sino muy escasas ganancias. Pero tal situación cambia con rapidez en términos de lustros. Las elites de provincias, sobrias y severas en sus costumbres y nivel de vida republicano —al decir de sus apólogos—, muy pronto quedaron rezagadas y resentidas ante esa nueva clase media engendrada por el aluvión inmigratorio y las primeras cruces con el criollo, cuya ambición era la riqueza con escalamiento social.

Ese "conglomerado inconexo", según palabras de Alberto Rouges, "carece de la fuerza de la tradición y del abnegado afán de un lejano futuro". Este pensador tucumano de los años 20 clama por volver a las "virtudes y prácticas cristianas heredadas de España".

Las clases principales, o de la gente decente —que aún se llamaban así— que abrevaron en el ideal conservador liberal, por espíritu de sobrevivencia devinieron en antipopulares, apelando al subterfugio de la fuerza, y más bien

del fraude, para conservar el poder.

El mismo Rouges decía: "No se pueden reemplazar los nativos no nacidos por los inmigrantes... No nos ocuparemos de nuestro mal haciendo que la inmigración venga a cubrir las fallas de nuestros nacimientos, o sea reemplazando a los argentinos que debieron nacer por hijos de otras naciones. No se trata de una simple cuestión de cantidad. No remediaríamos de aquel modo el debilitamiento que se está produciendo en las virtudes de los hogares argentinos, que urge fortalecer a cualquier precio".

#### RIVALIDADES

Todo este fenómeno tuvo un desarrollo paulatino, sin encontronazos ni violencias, como el continuo fluir de las aguas que fueron socavando la resistencia del poder conservador. Esa clase media en ascenso, precisamente, es la que con Yrigoyen arrancó al poder tradicional las leyes electorales que posibilitaron el recambio en la conducción del país.

En las provincias del noroeste, el aporte inmigratorio es un fenómeno

no contemporáneo con el de Buenos Aires y la pampa húmeda; por ejemplo, en la penúltima década del siglo XIX, Buenos Aires había recibido poco más de cincuenta mil inmigrantes, pero entre Jujuy, Salta y Tucumán no pasaban de quinientos.

La rivalidad o el desencuentro entre los que se autoatribuyen ser descendientes de los padres fundadores —casi ninguno de ellos escapó al destino del proverbio: "El padre pulpero, el hijo caballero, el nieto pordiosero"— y los otros, recién llegados, buscadores o pretendientes de este lugar en el mundo, que los primeros reclaman tácita o expresamente como un bien hereditario y exclusivo, la manía del apellido consagrado y el afán endógeno, luego irá soldándose indefectiblemente mezclados los vástagos de unos y otros, por amor o conveniencia. Y se cumplirá de este modo la justa predicción de Carlos Octavio Bunge: "La regeneración será una conjunción feliz de elementos litorales y mediterráneos... extendida por doquier la inmigración europea, no habrá tampoco notables diferencias étnicas".

A veces, el discurso en provincias

imitaba frecuentemente al de los argentinos más esclarecidos que formaron la Nación, pero con frecuencia no pasaban de las meras palabras. Esto está reflejado, por ejemplo, en uno de los primeros periódicos de la colectividad italiana en Tucumán, *Rigoletto*, que en 1904 escribía: "Que venga la inmigración, grita la prensa, y si viene la trata cual le conviene".

A medida que el inmigrante —mayoritariamente español, italiano y árabe— llega a estas provincias, comienza a arraigarse y a prosperar, aquel discurso falso se convierte en rencor, en desprecio de la clase patricia hacia aquellos recién llegados que viven de sus manos. Y, por contraposición y despecho, se acentúa la exaltación de lo criollo por oposición a lo extraño o extranjero, junto con la exagerada ma-

nía del apellido compuesto. Estos son los rasgos predominantes de la decadente sociedad de provincias: la incansable busca y exhibición, solapada en los más elegantes, de la prosapia, y la exhibición de los apellidos múltiples, que fue —esto último— objeto de observación de pensadores tan diversos como John Gunter y Ernesto Sabato, según lo advierte Juan José Sebreli. Preocupaciones huecas, pero tan viejas que resultan ancestrales; recuérdese a Julio César, que reclamaba para sí descendencia directa de Venus y de los antiguos reyes del Lacio.

La exaltación de las virtudes, la retórica engolada acerca del argentino profundo, o de la Argentina invisible, contagia también a buenos escritores como el jujeño Daniel Ovejero, fallecido en 1967, quien hablando de su te-

rruño se lamenta de que "ha tomado un cierto aire advenedizo y petulante de nuevo rico y ha perdido mucho de su alma"; eso en contraposición "por el viejo Jujuy, la villa colonial que conocí en mi infancia".

Esa villa colonial que hacia finales del siglo pasado soportó la invasión del caudillo Felipe Varela, que huía derrotado y perseguido hacia el norte. Mi mujer recuerda que la mamá Santos, criada de su abuela paterna y a quien conoció centenaria, recordaba el episodio de la invasión con detalles fotográficos, como suele suceder en los ancianos: "Todo el mundo decía que eran malos y que eran saqueadores, ladrones y violadores de la honra de las mujeres... Puede ser. ¿Pero, qué tan malo había en eso?... Al menos eran de los nuestros" ■

**SERVICIO TELEFONICO  
GRATUITO LAS 24 HS.**



**FONO  
DROGA  
0-800-2225462**

**SECRETARIA DE PREVENCIÓN Y ASISTENCIA DE LAS  
ADICCIONES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES**



**GOBERNACION DUHALDE  
PROVINCIA DE BUENOS AIRES**



# CURIO S I D

## Sefaradíes

LLAVES QUE DURARON CINCO SIGLOS

Un manojo de pesadas llaves entregadas en custodia de generación en generación puede ser hoy apenas un recuerdo de familia, un adorno decorativo en el living de cualquier casa. O puede ser algo más. Por ejemplo, el testimonio mudo de una promesa celosamente guardada durante 500 años: la promesa del retorno, del reencuentro con lo propio, esa parte de uno injustamente arrancada al curso de la historia.

“Por el temor de los cielos y por la gloria de Dios, yo padecí ser testigo de que el número de hijos de Israel que habitaban España era de 300 mil, en el año en que su esplendor fue saqueado; y el valor de sus pertenencias, en propiedades y muebles, y la abundancia de sus bienes, superaba los 10 millones de ducados de oro... Hoy, cuatro años después de la expulsión, todo eso ha desaparecido”, se lamentaba un consejero del rey Alfonso V de Portugal. El edicto de expulsión firmado por los Reyes Católicos en 1492 —el mismo año en que se descubrió América y se expulsó a los moros de la Península— obligaba a los judíos a convertirse o a dejar el territorio en un plazo de 90 días. Los que se negaran a abandonar su fe debían marcharse con lo puesto: ni dinero ni joyas podían acompañarlos en su viaje. Como un gesto de autopreservación y de esperanza, muchos de ellos guardaron sus objetos de valor en los lugares más secretos de sus casas: cofres, baúles, sótanos. Echaron llave y se fueron sin despedirse, sin renunciar a lo que

siempre, no importa donde estuvieran, sentirían suyo. Muchos emigraron a los países que bordean el mar Mediterráneo, desde Marruecos hasta Turquía. Allí fundaron comunidades donde mantuvieron el español antiguo —también conocido como ladino o judeoespañol— y que siempre mantuvieron ese sueño de volver a la tierra de oro perdida.

En 1492 otros habían decidido partir hacia el norte: en Holanda, durante los siglos XVII y XVIII crearon uno de los centros culturales más florecientes de Europa. Y un gran número se entusiasmó con la aventura de la conquista y se embarcó en las naves de Cristóbal Colón rumbo a América, aunque lo tuvieran expresamente prohibido: no había lugar para los infieles en el Nuevo Continente. Pero a diferencia de otras comunidades hebreas, los exiliados reivindicaron durante siglos su condición de judíos españoles y nunca abandonaron la idea del regreso a Sefarad, el nombre hebreo de España. El movimiento sefaradí supo ser vigoroso: se convirtió en la única comunidad judía que reivindicó el retorno a una tierra que no es Israel, la prometida por Dios, sino la de sus antepasados. Durante la Segunda Guerra las comunidades sefaradíes balcánicas fueron exterminadas casi por completo. Pero a fines del siglo XX, sin embargo, aún hay judíos que hablan el español de cinco siglos atrás en lugares como Turquía e Israel, donde muchos han emigrado.

“Vagabundo y errante serás en la Tierra” fue el castigo que impuso Dios a Caín por competir con su hermano y vivir apegado a sus bienes. Y con él a toda su descendencia: aquellos que habitan en tiendas, tocan la cítara y se dedican a forjar metales. Desafiando cualquier autoridad, aun la divina, los gitanos se consideran los orgullosos destinatarios de esa condena. Provocadores, lejos de pretender huir de ella la enarbolan como una bandera, hacen alarde del castigo: convierten la maldición en privilegio. El pueblo gitano, que se llama a sí mismo descendiente de Caín, es uno de los pocos grupos que conserva sus tradiciones milenarias y se resiste a asimilarse al país que habita, no importa que sea Yugoslavia, Hungría, Rumania, España o la Argentina.



*Sus raíces están en la cultura.*

Nómades y peregrinos por naturaleza, marginados y expulsados a lo largo de los siglos, nunca abandonaron sus costumbres, que les ganaron la fama de mentirosos, estafadores, holgazanes y

endiablados. Las leyendas sobre su origen son muchas y contradictorias. Aunque ellos disfrutaban presentándose como “hijos del faraón”, originarios de Egipto (“egipcianos”), se cree que alrededor del siglo X migraron en sus caravanas trashumantes desde la India. Su identidad no es territorial: surge del cambio. Viven el presente. El pasado no merece para ellos ni siquiera la letra escrita. El futuro, en cambio, lo llevan encima.

# Isla de Pascua

DESTRUIR LA NUEVA TIERRA

Una pequeña isla del Pacífico a 3.700 kilómetros de la costa chilena: el lugar más remoto y aislado de la Tierra fue elegido hace 15 siglos para ensayar la utopía de Robinson Crusoe. En el año 400, un grupo de aventureros polinesios –aunque algunos sostienen que provenían del Perú y eran parientes de los incas– desembarcó con sus flamantes canoas en las playas de la isla de Pascua. La historia cuenta que huían de catástrofes ambientales. No es descabellado imaginar sin embargo que, entusiasmados con su reciente hallazgo tecnológico, hubieran decidido burlar un destino previsible y lanzarse tras la promesa de comenzar de nuevo.

Pero poco a poco ese lugar ideal al que bautizaron como “el ombligo del mundo” les haría pagar con su propia sangre la necesidad de vivir sin escapatoria. Empujados por la necesidad de reconstruir los orígenes de su linaje, los pascuenses construyeron gigantescas estatuas de piedra negra (los “moais”) que representaban a los ancestros, a quienes adoraban como sus dioses. Para trasladar la piedra con la que levantaron los monumentos desde las

canteras, utilizaron unos rodillos contruidos con troncos. La excesiva explotación de los bosques y el crecimiento de la población ocasionaron un desastre ecológico. Hacia el 1600 casi no quedaban árboles en la isla. Muchos pobladores debían vivir en cuevas, por no encontrar madera para construir sus casas. La imposibilidad de seguir levantando estatuas desarticuló el sistema de creencias. La sociedad quedó dividida en clanes. Como expresión de la crisis, cada grupo destruyó las estatuas levantadas por sus rivales. Según la leyenda, no querían que sus ancestros los vieran aniquilarse entre sí y por eso la derribaron. La competencia feroz por el control social los llevó a practicar el canibalismo. Los herederos de una civilización marítima habían quedado atrapados: sin troncos para construir canoas, ya no podían abandonar la isla. Devastados y en guerra, fueron presa fácil de los colonizadores. A fines del 1800, una epidemia de viruela redujo la población a menos de un centenar de personas. De aquella sociedad primitiva sólo quedaron los monumentos levantados de espaldas al Pacífico, ruta de entrada de sus constructores.



Los moais surgieron como una forma de respeto a los ancestros

# Liberia

EL PAÍS DE LOS ESCLAVOS



Volvieron a Africa buscando libertad.

Expatriado es quien decide vivir en un país extranjero. Exiliado, quien es forzado a hacerlo. En ambos casos, pertenencia y elección definen la identidad. ¿Cómo se verían a sí mismos los esclavos liberados en Estados Unidos entre 1820 y 1860 bajo la condición de “regresar” a Africa, un lugar donde la mayoría jamás había estado? Atrapados en la paradoja de elegir la única opción, algunos aceptaron. Otros se negaron a pagar por su libertad el alto precio de abandonar el país donde habían nacido. La American Colonization Society, movimiento organizado en 1817 para trasladar a los esclavos de Estados Unidos a Africa, escondía bajo su pretensión humanitaria la más blanca intención de dejar del otro lado del Atlántico el problema del odio racial. En 1821 se fundó el país de Liberia, una colonia en la que se establecieron más de 11 mil afroamericanos. Así, la esclavitud, que empezaba a molestar a las conciencias puritanas, desaparecía del ámbito doméstico y se convertía en un problema exclusivamente político: durante 25 años, los “ciudadanos libres” de Liberia reemplazaron las cadenas que los ataban por otras que pegaban su destino a una tierra sin pasado ni forma. Desde de la independencia (en 1847) hasta hoy las cosas no mejoraron: el país vivió sometido a la inestabilidad política y a la crisis económica.

# IL POSTINO S.R.L.

**CORREO PRIVADO  
& MENSAJERIA  
RNPSP Nº 512**

**UN SERVICIO DE PELICULA...!!!**  
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO  
CERTIFICADO / MENSAJERIA ULTRA RÁPIDA  
/PERSONAL ASEGURADO (ART)

**4866-4440**

**4867-0036**

BUENOS AIRES ARGENTINA

**SERVICIO EN MOTO:**  
Trámites - Cobranzas  
Depósitos Bancarios  
Recorridos Diarios  
Pagos de Servicios  
DGI - Licitaciones  
Correo interno  
Servicio de Bolsines

**CORREO:**  
Mailing - Encomiendas  
Todo Tipo de Distribución  
Ensobrados, Doblados  
y Etiquetados

Mencionando esta revista  
importantes descuentos

# CURIO

## Vikingos

LLEGARON A AMÉRICA CUANDO AMÉRICA NO EXISTÍA



"Amargo es el viento esta noche/ agita los blancos cabellos del océano/ esta noche no temo/ a los feroces guerreros de Noruega/ desafiantes en el mar irlandés", evocaba un poeta nórdico a los salvajes vikingos, pueblo temerario que dominó entre los años

800 y 1050 lo que hoy es la región de Noruega, Dinamarca y Suecia. Sus exploraciones —a lugares tan distantes como Inglaterra, Escocia, Irlanda, Francia, Alemania y Rusia— eran vividas como pruebas para templar el carácter y purgar las faltas cometidas. Pero aunque la historia y el celuloide los inmortalizaron por sus piraterías, sus intenciones eran mucho más ambiciosas. Si su entrada en Europa occidental tenía como objetivo principal el saqueo, cuando se embarcaron por el Atlántico norte los guiaba en cambio el furioso deseo de descubrir y colonizar nuevas tierras. Dicen que Eric el Rojo, un rebelde desterrado por asesinato primero de Noruega y luego de Islandia, decidió pasar su exilio navegando hacia el oeste. Llegó así a Groenlandia, alrededor del año 982. Entusiasmado con su descubrimiento, regresó a Islandia a buscar compañeros que lo siguieran en su aventura de establecer allí una colonia. Para seducirlos, este personaje apeló a un "ardid publicitario" que se convertiría en una estafa: bautizó al nuevo territorio la "tierra verde" (Greenland, hoy Groenlandia), una falsa promesa que no

lo era tanto para aquellos hombres acostumbrados a vivir entre glaciares y lava volcánica. El truco tuvo éxito y Eric reunió una expedición de 25 barcos, de los cuales sólo 14 pudieron completar el viaje. Se asentaron en la costa sudoeste de la isla: allí levantaron más de 300 viviendas, se convirtieron al cristianismo, construyeron varias iglesias y hasta tuvieron un obispo. Sobrevivieron hasta el siglo XV y después desaparecieron misteriosamente, dejando apenas las ruinas de sus antiguos edificios. Expediciones arqueológicas encontraron restos de piedras, construcciones y herrería escandinava en la costa de Canadá, alrededor de la bahía de Hudson. En la zona de L'Anse aux Meadows (cerca de la península del Labrador), antropólogos noruegos descubrieron vestigios de una pequeña colonia vikinga, que habría vivido allí no más de 20 o 30 años. El descubrimiento reavivó la leyenda y dio crédito a lo que proclamaban antiguas sagas medievales: los vikingos habían llegado alrededor de 500 años antes al continente que creyó descubrir Cristóbal Colón. Desde estos hallazgos, el incierto itinerario de los "depredadores del norte" no deja de encender polémicas: expediciones posteriores (más o menos científicas) aseguraron encontrar rastros de su paso por América del sur. Y aunque parezca más que improbable, no faltó quien se atreviera a afirmar que ciertos aborígenes de piel clara que viven hoy en las selvas del norte de Paraguay serían sus auténticos herederos.

# En Septiembre, Canal (á).

## El único canal de artes y espectáculos

CANAL (á) 24 HORAS DEDICADAS AL ENTRETENIMIENTO, EL ARTE Y LOS ESPECTÁCULOS. CON ENTREVISTAS A LAS FIGURAS NACIONALES E INTERNACIONALES MÁS POPULARES. CON DOCUMENTALES INÉDITOS. Y LOS RECITALES MÁS ESPERADOS, EN EXCLUSIVO. UNA PROGRAMACIÓN QUE INFORMA Y EMOCIONA. CON TODA LA VANGUARDIA Y LOS CLÁSICOS DE SIEMPRE. CANAL (á), ARTE Y ESPECTÁCULOS PARA TODOS.

### LA TRAVIATA DE GIUSEPPE VERDI

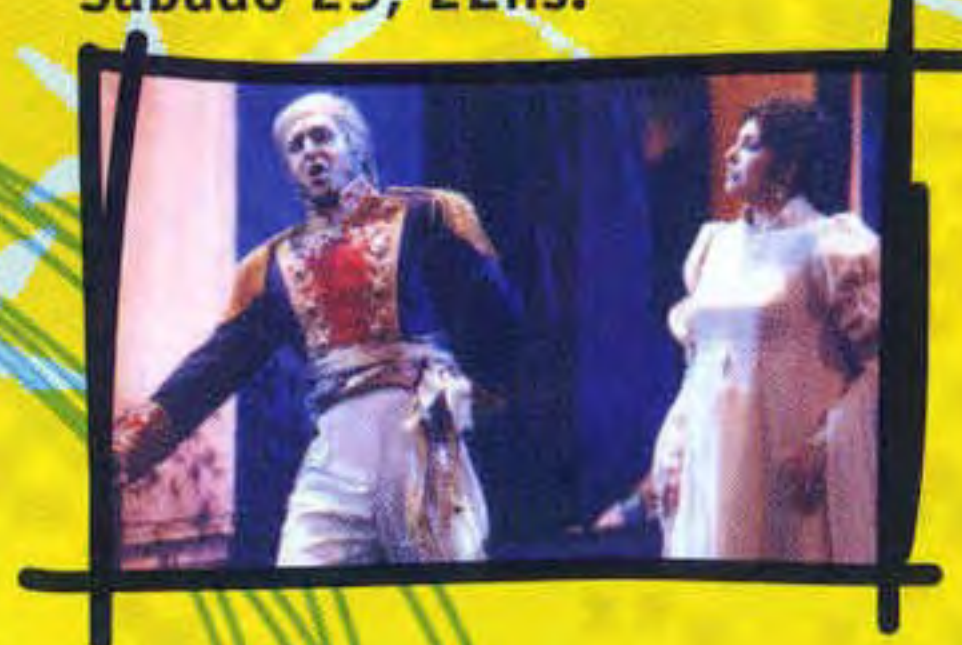
Con las actuaciones de June Anderson, Carlos Ventre y Yuri Vedeneiev. Una de las óperas más populares, realizada en la temporada lírica del Teatro Colón. **Sábado 18, 22hs.**



### EL TEATRO COLÓN EN CANAL (á)

### AURORA

La gran ópera argentina de Héctor Panizza. Con las actuaciones de Martha Colalillo, Darío Volonté y Ricardo Vost desde el Teatro Colón. Cantada íntegramente en castellano. Con la dirección de Bruno D'Astoli. **Sábado 25, 22hs.**



### AMELITA BALTAR EN CONCIERTO

Un recital histórico donde la gran cantante presenta su último CD con temas de Discépolo y dos inéditos de Piazzolla. Lo mejor del tango argentino. **Domingo 5, 22hs.**



### PERFILES

Una serie que retrata a los protagonistas de la cultura latinoamericana y donde reflexionan sobre su historia y la del continente. Este mes: Angeles Mastretta (**jueves 23**) y Augusto Roa Bastos (**jueves 30**) **Jueves 23hs.**



### HISTORIAS DE VIDA

Este mes cuatro personalidades nacidas en Brasil: Vinicius de Moraes, Carmen Miranda, Ayrton Senna y Elis Regina **Viernes 23hs.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.abira.com.ar](http://www.abira.com.ar)  
**Canal (á). Tres años compartiendo emociones.**



**CANAL (á)**  
EN SU TERCER ANIVERSARIO

Bonpland 1745 · (1414) Bs. As. Argentina · Tel.: (54-11) 4778-6666 int.:4155 / Fax: (54-11) 4778-6555 · E-mail: [produccion@canala.com.ar](mailto:produccion@canala.com.ar)

### Caretaje

Sólo leí el número 2 de Latido y ahí me encontré con que la opinión de la lectora Nora Balarino —a quien pido disculpas por la invasión que justifico al solo efecto de felicitarla por su claridad— refleja exactamente la impresión que a mí me produjo la revista: el no abordar los temas que todos los otros medios toman hasta el cansancio. El nombre de la publicación me parece estupendo. Y cumple con lo que se propone: "Una revista para sentir. Y pensar". En mi caso, al menos, lo lograron. Gracias. Sobre la nota de tapa, me pareció más que valiente el desnudar las motivaciones íntimas de cada acto por parte del autor y plantearse las dudas sin caretaje. Me pregunto cuántos idiotas seremos los que hemos pretendido huir planteándonos el asunto desde un punto meramente geográfico. Cuántos habremos ido a lugares simplemente porque debíamos ir y mostrarnos "alegres" cuando pensábamos que estaríamos mejor terminando ese libro rebelde... o simplemente tomándonos unos mates, viendo algún viejo clásico en Trasnóche Grundig... o comunicándonos con alguien espontáneamente. La verdad es que me sentí muy identificado con el enfo-

que de la primera parte de la nota. ¿Será un problema de nuestra generación? La verdad es que los medios de comunicación en general me tienen repodrido. Me parece que no comunican: repiten, repiten, repiten, repiten...

En síntesis: un esgarbe valiente. Me pareció muy bueno desde la experiencia individual tejer esa madeja tan coherente. La segunda nota, la de la periodista infectada, es impactante. Curioso: yo era lector casual de "El libertino" y siempre me pregunté por qué había desaparecido. Me parecieron muy piolas las recomendaciones literarias: creo que ninguna recomendación era de libros recientes. Y Oscar Wilde es uno de mis predilectos. ¡Hay que volver a los clásicos!

En rigor a la verdad, llegué hasta ese punto. Lo que ocurre es que si no les escribo ahora, justo cuando termine de leer la correspondencia de Nora Balarino, no les escribo nunca más porque me atrapa "la de todos los días".

El mejor de los deseos.

**ALDO BAMIO ALVAREZ**

aldobamio@ba.net

### Casualidades

Esperaba el bondi cuando vi, a lo lejos, la tapa de una revista y entonces me acerqué a ver de qué se trataba: "Vidas de plástico". Me causó curiosidad y pude leer: "No demostrar, no conocer, no animarse, no compartir". Esto me generó una extraña convicción: "Esa revista es especial", pensé. Entonces, sin ninguna referencia previa, ni recomendación alguna, me apresuré a comprarla, me subí al 152 y así de rápido, también, la revista (que ya dejaba de serme ajena para ser Latido) me invitó a reflexionar y superó cualquier expectativa que yo hubiese podido tener. Me parece excelente el contenido, me gusta que se jueguen con un tema, y que lo desarrollen. Es una propuesta sumamente interesante en medio de la cultura mediática del zapping, de lo efímero y consumible, de cambalaches de temas, fotos, mensajes, entrevistas, etc., que nos llenan la cabeza de todo y nada. Latido resultó como aire, como un lugar para la reflexión, como una invitación a la emoción y al pensamiento. Los felicito. Me gustó el artículo de Daniel, de repente todas las máscaras comenzaron a rodar y a caer, aun las propias. Yo diré que, a mis 22 años, de vez en cuando me pierdo, y me enojo, y me bus-

co. Leer Latido fue muy reconfortante ya que no sólo es bueno sino imprescindible hacernos retornar a nosotros mismos, para reconciliarnos con quienes somos y así poder respetar la identidad propia y la ajena. Les agradezco y les deseo lo mejor.

**LORENA CYNTHIA RUIZ**

lorenar\_@excite.com

### ¿Perdida?

Es encantador verme reflejada en estas páginas. Leer, y leer con ganas, descubriendo sensaciones idénticas en muchos casos, y querer seguir leyendo sin pensar en dejarla por la mitad, como ocurre con otras revistas de actualidad. En este mundo cibernético, de contactos sin-tacto, yo me encuentro algo perdida —y no soy ninguna vieja, tengo 31 años—. No termina de convencerme esta modalidad fríamente calculada de acceder (o no) a la satisfacción de ciertas necesidades, gustos o comunicación con otra gente. Por eso agradezco que hayan creado esta revista para los que aún creemos en las miradas, las caricias, las palabras dichas al oído, la energía que transmite la química piel a piel.

**ALEJANDRA ABBOD, de Capital Federal**



### De tal palo...

Micaela, mi hija de diecisiete años, nada "fanática" de la lectura, me confiscó el número uno de la revista para compartir su lectura con las amigas (menos adictas aún a ese ejercicio). Y ese sí es todo un parámetro para medir el éxito de una publicación.

**LETICIA TORI**, de La Plata  
deliranteleticia@infovia.com.ar

### Humanos

¿Ustedes son extraterrestres? Digo, por el idioma en que hablan, mejor dicho, se expresan. Yo estoy en mis primeros balbuceos, tratando de hablar de corrido (desde los senti-

mientos). Gracias por permitirme leer de corrido a través de la revista: yo la llamaría mi UPA del 2000 (por si no saben, fue el primer libro de lectura que usamos los de la clase 40 y ....).

**MARTHA CORVALÁN**  
nataliatagliavini@hotmail.com

### Búsqueda

La pasión... un combustible para el alma. Un motor de vida. Una mirada apasionada es una búsqueda constante. Su hallazgo, una panacea. Es embriagarse con luz; es una bacanal de los sentidos.

Capturar ese momento fugaz,

único e irrepetible; un instante decisivo. A propósito de ello, Cartier-Bresson dice: "... fotografiar es poner en una misma línea el ojo, la mente y el corazón". Pasión voyeur (legalizada por el oficio).

Es un estado visceral, es pura pulsión: "El ojo existe en estado salvaje" (André Breton dixit). Saber mirar es maravilloso.

Felicitaciones por el emprendimiento. La revista me pareció muy buena.

Suerte.

**HERNÁN ALEJANDRO OPITZ**  
hopitz@infovia.com.ar

### Aclaración

El Latido que ustedes encuentran en los quioscos a principios de mes se termina de escribir dos semanas antes. No es por obsesivos: después vienen pasos técnicos con nombres complejos: scaneo, pelificado, pruebas color, impresión y distribución. Les contamos esto para que sepan que sólo podemos incluir las cartas que nos llegan hasta el día 15. Como de esta manera se privilegia a los que tienen e-mail o tiempo de leer rápido la revista y correr al correo, vamos a publicar usualmente –siempre que haya material– alguna carta sobre números anteriores.

*"El universo,  
(que otros llaman la Biblioteca)"...*

Jorge Luis Borges. *La Biblioteca de Babel*

**Biblioteca Nacional**  
**La memoria de todos**



Agüero 2502, Buenos Aires Argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)



JUAN JOSÉ ARREOLA

¿POR QUÉ ELEGIR A UN AUTOR MEXICANO PARA UN NÚMERO QUE HABLA DE LA INMIGRACIÓN EN LA ARGENTINA? QUIZÁ PORQUE EL DESARRAIGO Y LA ILUSIÓN Y EL TEMOR ANTE LA NUEVA CULTURA NO TIENEN NACIONALIDAD. INCLUIDO EN ESE PRIVILEGIADO GRUPO DE ESCRITORES QUE NACEN CON LAS PALABRAS—NO LAS ADQUIEREN—, ARREOLA PUDO REMONTAR SU FALTA DE EDUCACIÓN FORMAL. UNO ENTRE CATORCE HERMANOS DE UNA FAMILIA QUE HABITABA EN LA CIUDAD DE ZAPOTLÁN EL GRANDE (JALISCO), NUNCA LLEGÓ A TERMINAR LA ESCUELA PRIMARIA. ENTRE SUS LIBROS FIGURAN "VARIA INVENCION", "PALINDROMA" Y "CONFABULARIO". A ESTE ÚLTIMO, EDITADO POR EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, PERTENECE EL CUENTO QUE OFRECEMOS.

# ELGUARDAGUJAS

EL FORASTERO LLEGÓ SIN ALIENTO A LA ESTACIÓN DESIERTA. Su gran valija, que nadie quiso conducir, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una palmada muy suave. Al volverse, el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero. Llevaba en la mano una linterna roja, pero tan pequeña, que parecía de juguete. Miró sonriendo al viajero, y éste le dijo ansioso su pregunta:

—Usted perdone, ¿ha salido ya el tren?

—¿Lleva usted poco tiempo en este país?

—Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

—Se ve que usted ignora por completo lo que ocurre. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros.

—Y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

—Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

—Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátelo por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

—¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

—Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

—Por favor...

—Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho ya grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias comprenden y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo

esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.

—Pero ¿hay un tren que pasó por esta ciudad?

—Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo, mediante dos rayas de gis. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarlo a subir a un hermoso y confortable vagón.

—¿Me llevará ese tren a T.?

—¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente algún rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

—Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?

—Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes previsoras compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

—Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...

—El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

—Pero el tren que pasa por T. ¿ya se encuentra en servicio?

—Y no sólo ése. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

—¿Cómo es eso?

—En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa se ve en el caso

de tomar medidas desesperadas. Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos, pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a los trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es razón de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero —lujosamente embalsamado— en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los rieles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera —es otra de las previsiones de la empresa— se colocan del lado en que hay riel. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos rieles; allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.

—¡Santo Dios!

—Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo juntos, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

—¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!

—Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en un héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. En una ocasión, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba un puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha hacia atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la ha-

zaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atrevan a afrontar esa molestia suplementaria.

—¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!

—¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por de pronto en la fonda y tome el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, exasperados por una espera demasiado larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Frecuentemente provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de



FERNANDO GLIONNA

prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden mutuamente el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

—¿Y la policía no interviene?

—Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de los pasajeros adinerados que les daban a cambio de ese servicio todo lo que llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado, que los capacita para que puedan pasar su vida en los trenes. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

—Pero, una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas dificultades?

—Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que usted creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante. Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuren en ellas están rellenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

—Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

—Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, bien podría darse el caso de que usted llegara a T. mañana mismo, tal como lo desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted, hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo

# LOLA CATERING: "LA FIESTA" DENTRO DE LA FIESTA.



Porque es sinónimo de excelente cocina, de atención personalizada y de una auténtica pasión por el cuidado de los detalles, LOLA Catering es la clave para convertir en realidad la fiesta que soñó. Permítanos trasladar a su fiesta toda la experiencia y el prestigio de nuestro restaurante para agasajar y servir a usted y sus invitados como realmente lo merecen.

Llámenos y será asesorado por nuestro personal especializado, que a través de una organización integral, le brindará soluciones a medida para que empiece a disfrutar desde los preparativos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.wahira.com.ar](http://www.wahira.com.ar)



INFORMES 4804-5959

*Lola*

Catering  
Con placer, con gusto.

que pasa. Compran un boleto para ir a T. Pasa un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: "Hemos llegado a T." Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

—¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

—Claro que puede usted. Lo que no sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No converse con ninguno de los pasajeros. Podrían desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta se daría el caso de que lo denunciaran.

—¿Qué está usted diciendo?

—En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más; pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel, en caso de que no le obligaran a descender en una falsa estación, perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

—Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

—En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los pasajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamen-



te al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber a dónde van ni de dónde vienen.

—Y usted, ¿ha viajado mucho en esos trenes?

—Yo, señor, sólo soy guardagujas. A decir verdad, soy un guardagujas jubilado, y sólo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F., cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que descendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: "Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual", dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

—¿Y los viajeros?

—Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lotes selectos, de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría acabar sus días en un pintoresco lugar desconocido, en compañía de una muchachita?

El viejecillo hizo un guiño, y se quedó mirando al viajero con picardía, sonriente y lleno de bondad. En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un brinco, lleno de inquietud, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

—¿Es el tren? —preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desaforadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

—¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice usted que se llama?

—¡X! —contestó el viajero.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudentemente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.



**El próximo número de Latido trae una hoja más.**

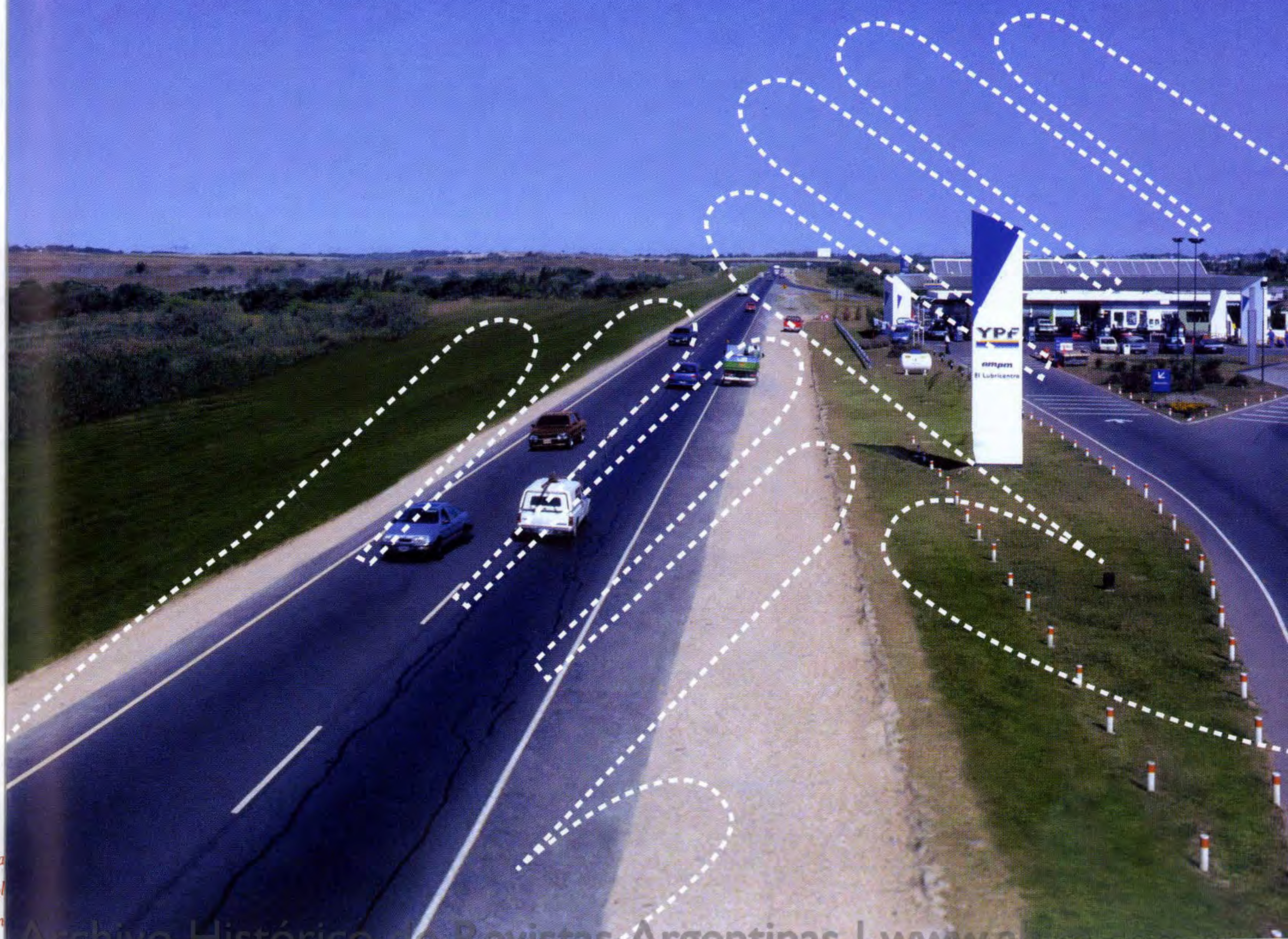
*Desnudos. "Mirar y exhibir nuestros cuerpos". De eso trata Latido de Octubre: despojarse de la cáscara artificial que llevamos sobre el cuerpo para ver qué queda del envase que nos contiene. Marcelo Birmajer abre las puertas de los lugares en donde hoy uno se desnuda y analiza el tema desde un punto de vista filosófico y religioso. La escritora*

**LATIDO**

*Alicia Steimberg cuenta cómo cambia la forma de desnudarse de una mujer de acuerdo a su edad y Raquel Garzón aborda el desnudo y su rol en distintas épocas y culturas. Como siempre, las frases que se han dicho, los libros que muestran, las películas que podés ver, las historias sobre el desnudo y, al final, el cuento. Leéla sin vergüenza.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.anira.com.ar](http://www.anira.com.ar)

Apoye sus manos.  
Así, podrá ver el funcionamiento de un país sin petróleo.



e una  
su rol  
e han  
s ver,  
enza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ama.com.ar](http://www.ama.com.ar)



# LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR Y PENSAR



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)  
Soy el morocho Soy el carapálida Soy el agradecido Soy el que habla raro Soy el sucio Soy como ustedes